

Vellum

Hal Duncan

Traducción de Luis Gallego Tévar



Título original: *Vellum*
Primera edición

© Hal Duncan, 2005

Ilustración de portada: © Christopher Gibbs

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2008, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-376-5 Depósito Legal: B-22079-2008

Impreso por Litografía Rosés S. A.
Energía, 11-27
08850 Gavà (Barcelona)
Printed in Spain — Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 6

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

A mi padre, por sus peculiaridades y convicciones

A mi madre, por sus comidas y su abnegación

Y por encima de todo, a Ewan

Para siempre

Primer volumen

Los dioses perdidos de Sumeria

Prólogo

El camino del polvo eterno

Los viajes de Reynard Carter: día cero

—Un mapa ardiendo. Toda historia épica —solía decir mi amigo Jack—, debería comenzar con un mapa ardiendo. Como en las películas. Espléndidas llamas consumiendo el mundo; eso es lo mejor de todas esas viejas películas, cuando ves ese antiguo pergamino simplemente... volviéndose cada vez más oscuro en el centro, crepitando, arrugándose, hasta que de repente solo... *fwoom*.

Así era Jack; si le preguntabas que quería para su cumpleaños, te diría que quería una explosión. Jack estaba loco, pero a medida que iba yo hojeando el Libro, cada vez más deprisa según cada página alimentaba en mí una creciente sensación de temor y aprensión, empecé a pensar en lo que dijo. Pensé en dioses y tragedias, leyendas e historias, y películas que comienzan con evocadores relatos de épocas lejanas. Las vitelas se deslizaban entre mis manos bajo una luz que, sin embargo, no procedía del fuego, si no más bien de la pálida luz azulada de los fluorescentes de la cámara subterránea; y si había llamas estaban en mi cabeza, un fuego de realización, de revelación. No obstante, no podía librarme de la sensación de que en cualquier momento el mundo a mi alrededor se desgarraría en una vorágine de llamas y cenizas, desnudándose para revelar la escena de una masacre coreografiada, como las de algún escalofriante éxito de Hollywood, con una música alborotadora y estridente como banda sonora aderezando los alaridos del fragor de la guerra.

El libro. Lo cerré de golpe, para confirmar una sospecha. Su cubierta, un caparazón de cuero cuarteado y deteriorado, era gruesa y oscura, y presentaba extraños grabados: un diseño parecido a un ojo, un círculo dentro de una elipse, pero con cuatro semicírculos más pequeños en su perímetro externo a las tres y a las nueve en punto, y a las cinco y a las once; el conjunto quedaba inscrito en un rectángulo impreso. Parecía el boceto resultante de perfilar lo que me rodeaba tal y como lo vería todo el mundo, algo similar a los planos arquitectónicos

robados que reposaban abandonados en el suelo. Y, con una mirada alrededor de la sala, mis sospechas fueron confirmadas: coincidía. La habitación, larga y rectangular, con su entrada en la esquina inferior derecha; el grueso muro a mano izquierda, como lo que debe ser, un muro de carga para los pisos superiores; las dos secciones de muro a ambos lados, sobresaliendo de la habitación unos treinta centímetros, y a dos terceras partes de la altura al techo, como si el muro original hubiese sido atravesado en algún punto, extendiéndose a una cámara olvidada; el pequeño nicho del fondo, que encontré escondido detrás de una elevada estantería de paneles de cristal, y que era apenas legible en los planos robados, dibujado a lápiz mientras el resto estaba repasado a tinta.

Me sentí un poco culpable, viendo el montón de libros de Aristóteles, Nostradamus, Molière y quién sabe quién más, esparcidos por el suelo donde los puse para poder apartar la sólida estantería de su posición. Frágiles e inestimables objetos de la Colección Especial de la universidad, libros por los que un estudiante firmaría, con el nombre de su tutor y materia de estudio, y serían trasladados por el conservador, a la sala de lecturas escaleras arriba, serían depositados con delicadeza en el pupitre delante de él con sus protectores de espuma, debiendo de ser pasadas sus frágiles páginas de forma muy delicada, al ser tremendamente fácil que se desintegren al ser manipuladas por dedos distraídos. Y yo los he tratado como si fueran ediciones de bolsillo tiradas por el suelo por alguien que está recolocando los muebles. Pero esos libros carecen de valor en comparación con el Libro; de hecho ya eran polvo.

Me limpié parte de la sangre que corría por mi frente y abrí el Libro de nuevo, por su primera página.

El libro de Todas las Horas

El libro de Todas las Horas, como lo llamaban los benedictinos en la Edad Media, creyéndola la propia versión de *Deus* del libro de horas de algún gran duque. Los libros de horas, en cuyas páginas se acumulaban hora a hora y día a día, semana a semana y mes a mes, tomos de ceremonias y meditación documentados por monjes bajo la luz del candel, ilustrando con brillantes colores las vitelas, pálidas, pero de gran tonalidad, sin el blanco puro al que estamos acostumbrados, sino, más bien, con tonos marrones, amarillentos, el color de la piel, la tierra, la madera o el hueso viejo, de cosas que una vez estuvieron vivas. Príncipes y reyes encargaban estos libros, que tardaban años de espaldas encorvadas, manos agarrotadas y vistas cansadas en ser escritos a mano. Decían los benedictinos que Dios en persona encomendó la creación de semejante libro al único ángel autorizado a atravesar el velo para mirar su rostro y escuchar sus palabras, con el objeto de transcribirlas. El patriarca Enoch, que caminó con Dios y subió al cielo para convertirse en el ángel Metatrón, elaboró este libro bajo las órdenes de su maestro, decían, y portaba la propia palabra de Dios en cada instante de la

eternidad, el manual de instrucciones definitivo para todo aquel que osase vivir como él designara: absoluto, pleno. Pero ningún hombre era lo suficientemente pleno para vivir en esa devoción; así que ellos negaron la existencia del Libro en este mundo; solo podía ser encontrado en la eternidad, donde los espíritus estaban libres de la debilidad de la carne.

—El libro de Todas las Horas —había dicho mi padre—. Tu abuelo lo estuvo buscando, pero nunca lo halló. No pudo encontrarlo; es un mito, una quimera. No existe.

Recuerdo la plácida sonrisa de su cara, el aspecto que todos los padres tienen alguna vez, supongo, cuando ven a sus vástagos repitiendo sus propias locuras, con un aire que dice: sí, todos pensamos igual cuando tenemos tu edad, pero cuando crezcas, créeme, entenderás que el mundo no funciona de esa manera. Había acudido a preguntarle sobre esas fantásticas historias de las que me habían hablado, relacionadas con antiguos secretos en la familia Carter, no solo esqueletos en el ropero, sino esqueletos con extrañas runas grabadas en sus huesos, en roperos con paredes falsas que esconden túneles oscuros que conducen muy profundo bajo tierra.

—Pero el tío Reynard dijo que cuando el abuelo estuvo en el Oriente Medio...

—El tío Reynard es un viejo zorro incorregible —dijo mi padre—. Cuenta buenas historias, pero no tienes que... tomarte lo que dice al pie de la letra.

Recuerdo haber estado abatido, confuso; era joven, tan joven que nunca se me hubiera ocurrido que dos adultos en los que confiaba plenamente pudieran creer en cosas totalmente diferentes. Mi padre y su hermano Reynard, mi tío y tocayo. Ellos lo sabían todo a fin de cuentas, ¿no es cierto? Eran adultos. Nunca se me hubiera ocurrido que las respuestas que proporcionaban a mis preguntas podían ser radicalmente incompatibles.

—Desde luego, deberías escuchar a tu padre —había dicho el tío Reynard—. Honestamente, no deberías creer ni una sola de mis palabras. Soy un completo farsante cuando hablo del Libro.

Y sostuvo mi mirada con absoluta sinceridad... y me guiñó el ojo.

—Casi tanto como los cistercienses —dijo.

Los cistercienses consideraban necios a los benedictinos. Estaban convencidos de que el Libro existía en este mundo, pero lo temían como al mismísimo diablo. Maldijeron el manuscrito como al más diabólico de los grimorios, un libro con el nombre de los muertos, de cada ser que haya vivido o vaya a vivir jamás, sea humano, ángel o demonio. Hicieron referencia a la Biblia, la Tora y el Corán, a los textos apócrifos cristianos y las leyendas hebreas y musulmanas... ¿No hablaba el Apocalipsis de san Juan de un libro elaborado por el escriba de Dios, un libro de la vida que contiene los verdaderos nombres secretos, por encima de los vanos cristianos, nombres ante los cuales sus propietarios no pueden evitar contestar cuando son llamados frente al trono de Dios? Pero si este libro fuese a ser llevado a este mundo tan solo en el fin de los tiempos, entonces, ¿dónde

aprendió Salomón los nombres de todos los yinn? Abrasaron a viejas solteronas en la hoguera en aquellos días, herbolarias y comadronas; creían que el mundo estaba quebrantado por la oscuridad; temían a los demonios del conocimiento. Así que afirmaron que debía de haber una copia del libro de la Vida, una oscura contrapartida hecha por el propio Lucifer antes de su caída, cuando era la mano derecha de Dios. Y sugirieron que quizás había escrito el mismísimo nombre de Dios en él. Puede que fuese el motivo de su caída. Si fuera así, mascullaban, habría un libro que se podría utilizar para invocar y esclavizar incluso al Todopoderoso bajo la voluntad de un mortal audaz.

Lo único que me importaba ahora, sin embargo, era contener, con un vendaje improvisado, el flujo de sangre que manaba de mi mano herida. Si no hubiese estado distraído con los otros libros de la colección especial, si hubiese sujetado con firmeza la estantería mientras la apartaba para revelar el cristal lleno de polvo que protegía el nicho, que era como una ventana encubierta, la representación de museo de alguna antigua cámara secreta o el zulo de algún contrabandista, habría tenido cuidado con la ventosa y el cúter de punta de diamante mientras trazaba la circunferencia en el panel de cristal que cubría el nicho. Lo último que esperaba, sin embargo, era que se hiciera añicos con un estallido que me lanzó hacia atrás por la habitación. Tuve suerte. Solo uno de los fragmentos que se me clavaron tenía el tamaño suficiente para hacer algo más que una herida superficial, enterrándose profundamente en la palma de mi mano derecha cuando la levanté para cubrirme la cara. Las demás esquirlas solo me dejaron algunos rasguños, abundantes, pero poco profundos. Era un misterio para mí saber porqué el receptáculo había sido presurizado tanto como para reventar cuando el sello fue roto; aunque era un misterio trivial en comparación con el propio libro, situado allí dentro de su círculo de sal.

Las leyendas de toda una vida

—Un libro de horas —dije—. O un libro de nombres. Nadie lo sabe.

—Gilipolleces —dijo Joey—. Te lo estás inventando.

—Calla —cortó Jack—. Estoy intentando escucharlo.

Deslizó el gintonic por la mesa hacia mí, alcanzó a Joey su Guinness y se acomodó en su asiento con su ouzo, olfateándolo con la nariz fruncida.

—Continúa —dijo.

—De acuerdo —dije, con la voz ronca de intentar elevarla por encima de los contundentes bajos de la rocola de la Unión de Estudiantes—. De modo que tenemos a un investigador jesuita del siglo XVII, que dijo que ambas ideas eran una herejía. Según él, este es el libro que se utilizará para leer los pecados de todos ante el trono de Dios. El «Juicio de Todas las Cuentas», o la «Cuenta de Todos los Juicios», lo llamaba. No tanto como un libro de nombres de los muertos, si no más bien englobando a todo lo que cualquiera haya hecho, o vaya a hacer jamás, cualquier acto pasado, presente y futuro.

—Tiene que haber sido un libro acojonantemente grande —saltó Joey.

Me encogí de hombros, sonreí y tomé un sorbo de mi bebida.

—Puede que el lenguaje en el que esté escrito sea más... conciso. No sé. Es lo que os estaba contando. Nadie sabe exactamente qué es. Pero dónde está... eso es otra cuestión.

—Lees demasiado —dijo Joey—. Tío, apostarí a que si buscas en la base de datos de su biblioteca, cada universidad tiene una copia de...

—...*El Macromimicón* —dijo el tío Reynard—. Ya sabes, uno se cuestiona de dónde sacará Liebkraft sus ideas. Dioses arcanos; un libro escrito por un árabe loco; una traducción de un texto aún más antiguo. ¿De dónde lo sacaste?

Volteó la maltratada edición en rústica entre sus manos. Páginas amarillentas, lomo deshecho, esquinas dobladas, cubierta llamativa: este no era un viejo misterio, solo literatura barata moderna, nada auténtico, solo basura. Y era todo lo que mi tío me había estado diciendo desde que era un crío.

—Librería de segunda mano —le dije—. Cincuenta peniques. Tú... tú... no me creo que me hayas estado tomando el pelo por...

Me quedé sin palabras. Las leyendas de toda mi vida, contadas a través del cristal de los vasos de leche o, en estos días, de cerveza; y todas ellas eran solo una elaborada ficción. Y además robadas de otros. Se quedó sentado en su sillón sin más, fumando su cigarrillo.

—¿Sabes?, hace décadas que no lo reeditan —me dijo—, devolviéndomelo. Deberías leerlo. Honradamente, estoy seguro de que lo disfrutarás.

Tenía esa vieja sonrisa traviesa en su cara.

—Claro que he leído a Liebkraft —dije a Joey—. Todos en la familia Carter han tenido que leer a Liebkraft en algún momento. Especialmente tú, Jack.

Me encendí un cigarrillo y le pegué una larga calada, acaparando la atención de ambos. Me topé con Jack y Joey en nuestro primer año en la universidad. Jack, un pelirrojo rebelde con tendencia a subirse a las cornisas de las ventanas cuando se emborrachaba... otro Carter, por extraño que parezca, pero sin relación con lo mejor de mis conocimientos; Joey Pechorin, el nihilista de voz grave que te golpea a la primera en un notable intento de mostrarse interesante, hasta que lo conoces y te das cuenta de que no, en realidad es así de hosco y arrogante. Fuego y hielo, hemos sido amigos desde la escuela, inseparables hasta que Jack se encariñó con el soñador de Thomas. Thomas Messenger, con la cabeza tan llena de pájaros que no pudimos evitar llamarlo *Puck*.¹ *Puck*, que llegaba tarde, como era habitual. Vi a Jack comprobar su reloj y mirar hacia la puerta.

—¿Por qué pensáis que llamó Carter a su personaje? —pregunté.

—Chorradas —tosió Jack en su mano.

¹ N. del T.: Personaje de William Shakespeare e hilo conductor de la obra *El sueño de una noche de verano*.

Pero pude comprobar cómo la idea le intrigaba.

—Lo juro por Dios —dije—. Él conoció a mi abuelo cuando...

—Oh, venga ya —dijo Joey—. No me jodas.

Meneé mi cabeza, devolviéndole una mirada triste y resignada. Un caso perdido.

—No me creas. No me importa. Sé que el Libro existe. Sé donde está.

Las leyendas de toda una vida, una vida de leyendas, de interés activo, de curiosidad agudizada, afilada a máquina. No vine a estudiar a esta universidad por su reputación académica. Me importaba un comino la ridícula torre gótica y los patios interiores, las soporíferas charlas sobre Shakespeare, Spenser y Milton, la pompa y ceremonia de este o aquel profesor todavía atascado en el siglo pasado con su toga negra y voz solemne. Mis tres años de estudio aquí en la biblioteca fueron tres años de investigación sobre sus corredores, no sobre sus libros. Conocía ahora el edificio, por dentro y por fuera, como si hubiese vivido allí toda la vida, cada piso, cada esquina, cada entrada. Había estudiado los planos del arquitecto. Había trabado amistad con guardias de seguridad y bibliotecarios. Trabajé allí a tiempo parcial el último año y medio. Conocía donde estaban las cámaras, a qué hora hacían su turno los vigilantes nocturnos, quién instaló el sistema de seguridad, cómo funcionaba, cómo podía ser desactivado. Y finalmente, estaba preparado.

—Sé dónde está.

—Lo creeré cuando lo vea —dijo Joey.

Qué así sea, pensé. Que así sea.

Entre la cábala y el cálculo

Tres años para mí, y muchas generaciones para mi familia (tal vez más si mi tío estaba en lo cierto). En la Edad Media, me había contado, cualquier gremio, cualquier ocupación o trabajo de artesanía poseía su propia ceremonia, basada en alguna historia de la Biblia o de los textos apócrifos. Los albañiles representarían un acto sobre la Torre de Babel. Los vinateros harían lo propio sobre la ebriedad de Noé. Y había un rito del que él había oído hablar, me narraba, sobre ángeles que no lucharon ni por Dios ni por Lucifer, sino que huyeron de la guerra en el Cielo y bajaron a la Tierra, llevando consigo el libro de la Vida, para salvarlo de la destrucción. Lo transportaron por el mundo, de un escondite a otro, siempre en movimiento. El rito, por supuesto, era representado por los carreteros.²

—Bueno —dijo mi padre—, de ahí es de donde viene toda la historia. Los Carter viajaron por todas partes. Las misteriosas representaciones fueron interpreta-

²N. del T.: En inglés, *carter*.

das por toda Inglaterra, y en el continente. Y allí donde fueron, puedes encontrar esas historias acerca de ese antiguo libro. Mitos basados en una obra de teatro confeccionada a partir de una leyenda escrita en los márgenes de las Sagradas Escrituras. Relatos surgidos de relatos, surgidos de relatos. Ninguno es cierto, pero la gente comenzó a cuestionarse qué era ficción y qué realidad. Los masones no tienen el monopolio en mitologías ficticias, como comprenderás. Pero es ridículo. La idea de que el último de los ángeles que bajaron a la Tierra contratara a un joven carretero para atravesar Europa con un libro secreto para...

Se paró de repente; debió de darse cuenta por la confusa expresión de mi cara de que yo nunca antes había oído esa parte de la historia. Suspiró.

—Eso era lo que tu abuelo creía —dijo—, que los Carter habían relevado a los ángeles como los guardianes del Libro. Pero lo perdieron. Y lo han estado buscando desde entonces.

»Tu abuelo estaba desequilibrado —murmuró melancólicamente—. Estuvo en la Gran Guerra, ya sabes. Quería creer en... algo más grande. La guerra cambia a la gente. La muerte... cambia a la gente.

La muerte cambia a la gente.

Recuerdo ver a Jack y Joey peleando; recuerdo ver a Jack destruyéndose; a Joey gritándole mientras dejaba la botella de ouzo que tenía en su mano; y a Jack gritando una y otra vez: ¡que te follen, que te follen, que te follen...!

Uno tilda a la gente de loca; dices: ese Jack, está loco; y no significa nada hasta que no la ves volviéndose realmente loca.

Hubo un erudito judío, Isaac ben Joshua, en la España musulmana, que dijo que el Libro condujo a todo el que lo vio a la locura. Dijo que no contenía cualquier escritura, sino leyes, siendo, de hecho, el libro de Leyes original. No como la ley de Moisés sino como un Antiguo Testamento aún más remoto, únicamente descrito en los márgenes más recónditos de los textos apócrifos, fechado en los antediluvianos tiempos de Enoch y los ángeles rebeldes, aglutinando el mundo físico con principios situados en algún lugar entre la cábala y el cálculo. Hizo referencia a una fuente islámica, un relato que decía que todas las páginas estaban en blanco menos una, y en esa solitaria página había una única y simple frase, una ecuación que contiene la misma esencia de la existencia. Este, dijo, era el motivo por el que todo el que haya mirado alguna vez el Libro se ha vuelto loco, incapaz de comprender, incapaz de aceptar, el sentido de la vida condensado en unas pocas palabras de pureza matemática.

Después de lo que le pasó a Thomas, recuerdo haber pensado que conocía cual era la frase. Tres palabras.

La gente muere.

La página que miraba ahora, sin embargo, la primera página del Libro, no tenía palabras en él, solo un cianotipo del laberinto de túneles y cámaras que me rodeaban, aquí en las protegidas profundidades del viejo edificio. Una luz

dorada perfilaba los conductos de ventilación, calefacción e instalación eléctrica, mientras el mismo símbolo con forma de ojo de la cubierta del libro estaba aquí entintado en negro, aunque más pequeño, más cursivo; sentí de nuevo esa ardiente sensación creciendo en mi cabeza. Había algo erróneo en un artefacto tan arcaico como este conteniendo algo tan... moderno. Esto no era una confusa profecía delante de mí, ni una vaga predicción. Era un plano preciso, un esquema. Y, al pasar la siguiente página, reconocí la biblioteca tal y como la había visto en los planos arquitectónicos que tanto había estado estudiando. De nuevo, ese símbolo en el centro de la página. La página dos y tres, juntas, cartografiaban el edificio en conjunto, la red de carreteras y caminos, los edificios y áreas verdes del campus en torno a la biblioteca. Lo reconocí; lo había reconocido al instante, y fue esa forma de reconocerlo la que me hizo cerrar el Libro y reabrirlo, como si el acto pudiera cambiarlo, como si al mirarlo de nuevo, pudiera esta vez ver algo más racional, más sensato.

Sin embargo, parecía cada vez más irracional. Ahora que lo había estudiado con más detenimiento, me preocupa aún más porque, en los detalles más minúsculos aquí y allí, como la localización de este camino o el perfil de aquel edificio, hay pequeñas diferencias respecto a lo que recordaba.

Un cojín blanco y frío

—¿Qué hora es? —preguntó Jack. Miré mi reloj, pero *Puck* se me adelantó.

—Verano —dijo. En realidad estábamos en abril, pero estaba el tiempo y el tiempo de *Puck*, donde las horas y los minutos se describían como las descanso menos brisa y cualquier día lo suficientemente soleado para tirarse en la hierba a fumar cigarrillos era verano. Hacía un día espléndido, la luz del sol se derramaba sobre nosotros, *Puck* y Jack vegetaban como perros en la pendiente cubierta de césped acotada entre la biblioteca y la sala de lectura, el achaparrado bloque de la cafetería del campus que no podíamos ver por estar situado debajo de nosotros y la torre de la universidad alcanzando el cielo, tan sólida y arcaica como para ser una simple torre de aguja, pero, no obstante, en su anacrónico diseño de intrincadas acanaladuras, rechaza el realismo de su construcción victoriana a favor de una antigüedad fantástica. Hacía un día espléndido, así que estábamos en verano.

La luz del sol bañaba diagonalmente el acristalado exterior de la biblioteca a mi derecha, y pintaba las blancas áreas de piedra lavada de sus muros con la calidez de los tonos árabes o mediterráneos, reflejados en las puertas de cristal del museo Hunterian al abrirse por el paso de los estudiantes. En su planta baja, la biblioteca y el museo se fusionaban en un solo edificio, compacto y moderno, lleno de formas cuboides y cilíndricas, una escultura abstracta de hierro anidada en curvada simplicidad sobre las baldosas que le rodeaban, precediendo los bajos peldaños que conducían al adoquinado que componía la avenida de la Universidad. Recorriéndolos, alcanzamos la Casa Mackintosh,

la réplica de museo de una vivienda unifamiliar, decorada con el mobiliario diseñado por uno de los hijos predilectos de Glasgow; construida sobre el Hunterian y accesible desde el interior del museo, estando su falsa puerta principal colgada absurdamente de la pared sin escalera para alcanzarla. A mi izquierda estaba la sala de lectura, construida en los años veinte, baja y circular, con ventanas altas y estrechas, y un techo abovedado. *Art nouveau*, pensé, si bien nunca supe la diferencia entre *nouveau* y *decó*. Y, aunque el muro de ladrillos sesentero, con sus cristales ahumados, del monstruoso pabellón central a mi espalda, con su cafetería y tiendas de estudiantes, mereciese una bomba por su absoluta fealdad, nunca amé tanto ninguna parte de este mundo como esa cuesta de césped confinada por su muro de áspera arenisca, entre la sala de lectura y la biblioteca. Nunca amé un sitio tanto como aquel lugar en ese momento.

Me senté en un bloque de madera que había sido recientemente emplazado en la pendiente. La universidad había contratado a un artista innovador para conmemorar su quinientos cincuenta aniversario, transformando esa verde pendiente en una especie de instalación artística, y fui observando con cierto estremecimiento como vallaban la zona y levantaban el césped. Pero cuando estuvo terminado, tuve que admitir que esa pequeña parcela se hizo aún más serena. El artista había colocado diez largos bloques de madera en parejas, cada una de las parejas como si marcaran las esquinas diagonales de un rectángulo largo y delgado, siendo las otras esquinas pequeños arbustos, con un total de cinco de estos estrechos rectángulos dividiendo el espacio de la pendiente. Cada uno de estos bloques de madera oscura tenía un cojín de porcelana blanca en un extremo, y textos en delgados paneles de cristal, anclados al terreno a lo largo de ambos lados de los bloques e iluminados por la noche, contando la descripción de la pieza en diez secciones. Todos los arbustos poseían propiedades terapéuticas, como referencia al primer jardín medicinal de la universidad, hecho que había sido recientemente descubierto por algún académico a base de enterrarse entre diversos documentos. Los bloques eran réplicas de anticuadas mesas de disección anatómica, en recuerdo a la más vieja de las facultades de la universidad.

Me tumbaba en uno de ellos, aquel día, descansando la cabeza en el frío y blanco cojín, o me incorporaba para pegarle un lingotazo a una de las cervezas que habíamos traído con nosotros porque, por supuesto, no se podía estudiar para los exámenes en un día como aquel sin un refrigerio.

—Son las dos y media —dije.

—Joder —dijo Jack—. ¿Cuánto tiempo hemos estado aquí?

—Un par de horas —respondí—. No mucho.

Cogí la *Antología poética* de Norton que estaba abierta boca abajo en el bloque frente a mí, le eché un vistazo y lo cerré, dejándolo junto a la biografía de John Maclean, de Jack.

—John Maclean. ¿Qué? ¿Cómo en la *Jungla de cristal*? —preguntó Puck.

—Como el fundador del socialismo en Escocia, merluzo.

Jack había negado con la cabeza.

De entre todos los estudiantes que estaban riendo, tirados en la pendiente, sentados en círculos sobre la hierba, cruzados de piernas en los bloques con sándwiches, latas, paquetes de cigarrillos o tabaco de liar desparramados alrededor de ellos, nadie estaba haciendo nada realmente constructivo. Era la fiesta del día de Pascua; teníamos los exámenes a la vuelta de la esquina, tan cerca, pero sentíamos como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Bajé la mirada hacia Jack y Puck. Jack con sus manos bajo su cabeza. Puck en ángulo recto, usando el abdomen de Jack como almohada, con un brazo apoyado en su pecho mientras se tamborileaba las costillas con los dedos, sosteniendo con el otro brazo un cigarrillo a un lado, con el humo subiendo desde su torre de ceniza como el lento y solemne humo del incienso, ascendiendo en el todavía cerúleo aire.

Ángulos y curvas

Avancé a las páginas cuatro y cinco. Un mapa. Había cambiado de nuevo la escala, ampliándose notablemente. Ahora, todas las calles y carreteras del barrio bohemio y los alrededores de la universidad se veían claros, con el río y el parque delimitados, y el museo y las galerías de arte, todo dibujado con la precisión de la moderna cartografía. Pero alarmantemente alterado, aunque solo fuera sutilmente, en el barrio bohemio que tan bien conocía. Por Dios, mi casa de la calle del Banco debería de reflejarse en el mapa con esta escala, vivo a menos de cinco minutos caminando desde las viejas viviendas enclaustradas al mismo corazón del campus, pero, sin embargo, esa calle ni siquiera aparecía. El río parecía girar para pasar por donde debería haber estado, y la abigarrada retícula de calles y viviendas estaba alterada para acomodarse al mismo. Dos carreteras principales que deberían haberse cruzado en ángulo recto, se encontraban, sin embargo, en una intersección en «Y». Era como si hasta el más pequeño de los cambios al más mínimo nivel desencadenase nuevas y mayores alteraciones.

El mapa de la ciudad en las páginas seis y siete me resultaba totalmente desconocido.

Recuerdo cuando, de niño, miraba un modelo arquitectónico de mi escuela y sus alrededores que estaba expuesto en el vestíbulo principal del mismo colegio, donde el director, el subdirector y su cuadrilla tenían sus oficinas. Tenía una pequeña diferencia, unas escaleras de piedra que descendían de un aparcamiento elevado en unos bloques de viviendas, escaleras que nunca se construyeron, pero que se mostraban en el modelo. Cómo niño que era, no concebía la idea de que el modelo estuviera equivocado. No es que pensara que las escaleras deberían estar allí en realidad si estaban en el modelo, o viceversa. Era demasiado joven para entender exactamente por qué me molestaba, pero recuerdo la vaga incomodidad,

la confusión por la inconsistencia. Sentía el mismo desasosiego ahora, tantos años después, pero más profundo.

Pasé otra página y pude ver la ciudad en su entorno, con el litoral y el campo que le rodeaba. Ahora no era en absoluto la ciudad que conocía; la ciudad que conocía descansaba en el río, pero no en su desembocadura. Toda la geografía estaba equivocada, pero, al mismo tiempo, la reconocía. Distinguía la línea de la costa lo suficientemente bien, y reconocía la pequeña isla situada a una corta distancia en ferri desde el puerto de la ciudad; incluso reconocía el puerto estando donde debería estar, en realidad, un pueblo costero de puestos de helados y salones de juego que atraía a jubilados y a las familias en sus salidas dominicales. Era como si la ciudad de mis recuerdos hubiese sido arrancada, tal y como estaba, y hubiese sido depositada unos cincuenta kilómetros al suroeste de su posición original, habiendo tenido que deformar y recomponer ligeramente su forma al reubicarse, para acomodarse a sus alrededores. En donde debería estar la ciudad, en el mapa, había una pequeña aldea en el medio de la campiña.

El Macromimicón. ¿Era entonces un libro de mapas, no de lo que era, si no de lo que podía haber sido, de un mundo que ha seguido un destino diferente, con esta aldea creciendo hasta ser un pueblo en vez de aquella, o este pueblo alzándose como ciudad en lugar de otro? Pasé otra página. Incluso el lenguaje que nombraba calles y carreteras, ciudades, pueblos y aldeas, parecía el producto paralelo de la misma tendencia, compuesto de ángulos y curvas, manteniendo cierta relación con el alfabeto romano o cirílico, pero, de nuevo, sin ser lo mismo. Extrañamente, ahora que recuerdo, nunca se me ocurrió que ese libro pudiera ser nada más que una simple invención, una obra de fantasía: quizá la precisión del cianotipo del mismo apartó esa idea de mi mente; quizá era el poder de las viejas leyendas de la familia que estaban alojadas muy dentro de mí. Todo lo que sé es lo que sentí: una creciente convicción de que ese libro, de alguna manera, hablaba sobre una verdad aún mayor.

La torre de la Biblia

—Jack.

No respondió.

—Jack —repetí.

—Mierda, Jack —dijo Joey—. Déjanos pasar.

—Venga. Por favor —insistí.

Habíamos estado allí una media hora, y todo lo que habíamos recibido del otro lado de la puerta era silencio. Me estaba preocupando, pero me daba cuenta por la furia en la voz de Joey, por la manera en que maldecía a Jack, lo insultaba, y le repetía una y otra vez lo estúpido y sin sentido que resultaba todo esto, que él estaba realmente aterrorizado. Si no lo conocieses, habrías pensado que estaba más preocupado sobre esta... pérdida de tiempo que tenía que sufrir, más irritado

por sus propias molestias que por cualquier otra cosa. Pero podía percibir los cambios en el tono de su voz, la tensión en su garganta. Joey empezaba a odiar a Jack porque no podía soportar lo que le estaba haciendo; le dolía en el alma.

—¡Abre la jodida puerta, maldito hijo de puta! Mierda, solo abre la puta puerta, jodido... ¡cabrón!

Y saltó contra la puerta, pateándola, gruñendo y escupiendo.

Después de un tiempo, tras un largo rato, cuando Joey había caído agotado al suelo, sonó un *clac*, y la puerta se abrió.

Jack se sentó en el suelo, con una Biblia Gedeón delante de él junto a una lista impresa con lo que, mirándolo de cerca, era una columna de números, letras, y otros caracteres como comas, puntos o signos de interrogación, cada uno de ellos con un valor numérico a su lado. Me di cuenta de que eran los valores ASCII de las teclas de un teclado de ordenador, el conjunto de números entre 0 y 255, usados para representar el texto de forma binaria con el propósito de que los ordenadores puedan trabajar con ellos, el lenguaje reducido a una pila de ceros y unos, a una serie de encendidos y apagados electrónicos. El texto se almacena como bytes, cada *byte* compuesto de ocho bits, ocho cifras binarias representando los puestos 1, 2, 4, 8 y así hasta llegar al 128, de la misma forma que las cifras decimales representan los 1, 10, 100 y así sucesivamente... 00000000 a 11111111, 0 a 255. Jack lo estaba usando como referencia.

A su lado tenía un montón de folios, paquetes aún cerrados y otros abiertos de cualquier manera, con varias hojas sueltas apiladas una encima de otra. Observé como tomaba un folio nuevo de la pila, consultaba la Gedeón, encontraba lo que buscaba con la punta de su bolígrafo, luego buscaba el carácter en la lista de valores ASCII y comenzaba a trabajar, en el folio nuevo, en la representación binaria del mismo. Había varias hojas con este trabajo desparramadas detrás de él donde las había apartado, y me agaché para coger una de ellas. Había garabateado columnas para los números 45, 37, 56... en el margen izquierdo del folio, y luego marcado sus binarios al lado. 37, eso era 1 más 4 más 32... 10100100 en binario. Mirando otras hojas, me di cuenta que había trabajado en algunos de estos números una y otra vez. Sencillamente podía haber realizado otra lista de referencia con todos los valores binarios de las letras y números que necesitaba, pero en vez de ello volvía a trabajar con los mismos cada vez. Cada letra, cada coma, cada punto, lo buscaba en la hoja con los valores ASCII y calculaba su binario, aunque hubiese trabajado en ello momentos antes.

Mientras le observaba, cogió otro folio, casi lleno ya de unos y ceros, cada *byte* de ocho cifras separado por un guión, y transfirió un número de sus anotaciones a esta página. Y luego de vuelta a la Biblia, vuelta a la hoja ASCII, y vuelta a sus apuntes para encontrar el siguiente valor. Cuando la página estaba llena, se levantaba y caminaba hacia la esquina de la habitación. Estaba descalzo.

En la esquina de la habitación, la torre de folios terminados, apilados boca abajo uno encima de otro, le llegaba a la altura del pecho.

—¿Qué cojones...?

Joey estaba caminando hacia la esquina. Yo solo sabía que iba a coger la última hoja depositada en la pila, plantársela en la cara a Jack, y exigirle que le explicara qué demonios estaba pasando. Pude escuchar el crujido del entarimado suelto del piso barato de alquiler de Jack al tiempo que Joey lo recorría, y cómo intentaba sujetar el montón de folios según los alcanzaba; y pude ver el blanco de sus nudillos, la tensión de sus hombros, dándome cuenta de lo inestable que estaba la torre. Jesús, era una pila de papeles sueltos que llegaban a la altura del pecho de Jack y estaban en la esquina, pero apenas apoyados en las paredes. Era asombroso que Jack hubiese llegado a alcanzar esa altura sin...

Y vi como la torre de la Biblia traducida se estremecía sobre el entarimado, se combaba y se caía, desperdigándose las páginas en el aire, hasta que se derrumbó por el suelo, con las hojas deslizándose unas entre otras, alzándose en el aire, girando y estrellándose como aviones de papel al planear.

Jack nos hizo el vacío ese día; todos nos hicimos el vacío mutuamente, porque Thomas estaba muerto, y Jack se había vuelto loco, y Joey estaba ausente, y yo... todo en lo que podía pensar era en el libro de Todas las Horas.

El gran cuadro

Según pasaba las páginas, poniendo cuidado en no manchar las preciadas páginas con la sangre de alguna de mis numerosas heridas, apenas escuchaba ya el aviso que había estado repicando en mis oídos desde que se rompiera el cristal. Estaba paralizado por esa extraña sensación de certeza; solo que no sabía cuál era esa certeza. Una página, otra y otra más, y Gran Bretaña estaba ante mí. Era una Gran Bretaña sin un Glasgow o un Londres, o cualquiera de las grandes ciudades que debería de haber sido capaz de situar en el mapa, ni siquiera aparecían en lugares equivocados o con formas incorrectas. ¿Un mapa del pasado, del futuro, o de un presente imaginario?

—*El Macromimicón*. El gran cuadro —había dicho mi tío—. Sea cual sea la forma que tome, y hay quien dice que toma una forma diferente según quien lo lea, creo que, no estoy seguro, pero de alguna manera debe ser una especie de espejo del mundo, o de algo aún mayor que engloba a este mundo.

Otra página: Europa. Y luego otra, y el mundo se desplegaba ante mí, un planeta distorsionado y proyectado de la forma necesaria para adaptarse al rectángulo de las dos páginas. El cartógrafo había elegido sacrificar las inhóspitas regiones polares, mostrando la costa de la Antártida dividida y desplegada a lo largo del margen inferior de las páginas. Los límites superiores de los continentes más septentrionales se torcían y deformaban por su transformación de las tres a las dos dimensiones, extendiéndose tanto por el margen superior de las páginas que

el Océano Ártico quedaba reducido a un mero canal rodeando Groenlandia por ambos lados.

—Es una historia cojonuda —había dicho Jack, estando sentados en la Unión—. Eso te lo concedo. Aunque no me crea una sola palabra.

Comprobó su reloj de nuevo, y miró a la puerta

Me sentía febril, y sabía que era por algo más que la pérdida de sangre. Ya debería de haber salido de allí. Tenía que haberme esfumado de allí con el libro, sin hojear sus páginas como si fuese un estudiante más en la biblioteca de la universidad... en la biblioteca de la universidad por la noche, equipado con cortavidrios, ganzúas y todos los aparejos necesarios para el robo, esperando a ser pillado con las manos en la masa, al dejar mis huellas dactilares marcadas con mi propia sangre por toda la vitrina destrozada y el pupitre de madera donde estaba estudiando el Libro. No me podía ir.

—Entonces, ¿quién va a por bebidas? —había dicho Joey, detrás de mí con un pie en el banco de madera, apoyándose en su rodilla al tiempo que bajaba su mirada hacia Jack y *Puck* en la hierba.

—¡Que se jodan las bebidas! —dijo *Puck*—. No pienso moverme.

Sonó la alarma, y no vino nadie, y me encontré a mí mismo bajando mi mano ensangrentada para pasar la siguiente página, sabiendo que tenía que marcharme, pero me veía atrapado allí como si estuviera en un momento de determinismo. Sabía que estaba pringando Siberia de sangre, aun siendo un artefacto tan valioso. Sabía que los guardias de seguridad no podían estar a más de unos segundos de aquí. Sabía que podía acabar entre rejas por esto. Dios, el Libro era real, lo tenía entre mis manos, aquí y ahora. Y aun así, con la sangre palpitando en los oídos, y sangre salpicándome los ojos, brotando de mi mano cortada, sangre manchando todo lo que tocaba esa mano, aun así, pasé la página.

Un terreno nuevo y desconocido

Las costas de un mundo mayor se presentaron ante mis ojos. Era un mundo donde la Antártida era solo la punta de un continente septentrional mucho más grande. Era un mundo donde Groenlandia era una isla en la desembocadura de un río, donde la bahía de Baffin a un lado y el mar de Groenlandia a otro se unían al norte, fusionados en un enorme estuario. Asia y América eran simples... cabos, promontorios de una expansión hiperbórea, y el «río» ártico que los dividía tenía su nacimiento muy lejos al norte, fuera del límite del mapa.

A este y oeste la historia era la misma, un nuevo terreno completamente desconocido; la costa occidental de América se extendía bastante más lejos de Alaska, al noroeste, mientras que la Antártida seguía siendo circular al sur; la costa oriental de China se curvaba en un golfo del tamaño del mar Báltico donde

debía estar el estrecho de Bering, otro «río» enorme corriendo hacia el norte desde aquí. Una masa continental completamente diferente destacaba al este, más allá del lejano límite del (no estaba seguro de seguir llamándolo el Pacífico) Pacífico Oriental, siendo el Occidental, en este mapa, una masa de agua completamente diferente. Pasé otra página.

Otra vez se ampliaba la escala y, en este mapa, el mundo que conocía podía no haber ocupado más de la dieciseisava parte del área mostrada. La costa septentrional de la gran Antártida se curvaba para encontrarse con la desconocida tierra al este que, a su vez, continuaba para unirse a la costa que partía hacia el norte desde China; separadas por su propio estrecho de Gibraltar formado por el extremo de Sudamérica y la prominencia de la Antártida. Aquí, este Pacífico Oriental era poco más que un mar interior, como un Mediterráneo enorme, pero ridículamente pequeño en comparación con la tierra que le rodeaba en tres de sus flancos. Hiperbórea al norte, supongo, Subantártida al sur, y un Oriente más lejano que el más remoto de los Orientes que hayamos conocido.

Otra página, y otra, y el mundo que conocía era solo una minúscula parte de un territorio tan vasto como imposible. No soy físico, pero conozco lo suficiente sobre la materia y la gravedad para saber cuando estoy mirando la superficie de un mundo que no podría albergar seres humanos. Este mundo tenía la escala de Júpiter o Saturno. Pasé más páginas, dos o tres a la vez, y aun así cada mapa era de mayor magnitud que el anterior, y aun así el mundo revelado representaba solo una cuarta parte del mundo plasmado en el mapa de la página siguiente. Continentes que se transformaban en islas, litorales inconexos que se volvían continentes. Diez páginas, veinte. El mundo que conocía ni siquiera era visible a esta escala, pero seguía existiendo un mundo por ilustrar, una colisión fragmentada de tierra y agua, en áreas tan descomunales que términos como «continente» u «océano» ahora carecían de significado.

Continué pasando las páginas.

El mundo silencioso

Y mientras el corazón me palpitaba en el pecho y daba vueltas mi cabeza, me di cuenta de que el sonido de alarma que había estado escuchando era ahora un timbre lejano en mis oídos. Nadie venía. Nadie vendría jamás. Lo sabía con la certeza de una revelación. Lo sabía con la misma certeza que me decía que este arcaico texto delante de mí no era una fantasía, que era verídico, era real, más real aún que la propia realidad.

Lo supe incluso antes de pasar a la última página del Libro, al mapa definitivo en donde este antiguo cartógrafo había marcado los límites de su universo conocido, una planicie estéril y anodina extendiéndose en todas las direcciones en cuyo centro, pequeño e intrincado, el mundo de mundos era solo un oasis, con un

camino punteado saliéndose del mapa al norte como si marcara algún inimaginable camino a la inconcebible distancia.

Lo supe incluso antes de salir vacilante a través de los profundos corredores de la biblioteca al silencioso mundo de fuera, vagando por un campus completamente desprovisto de vida humana, y por las asfaltadas calles con sus viviendas de arenisca, las luces de tráfico todavía alternando sus secuencias de rojo, ámbar y verde, aunque los coches vacíos permaneciesen allí parados, ignorando sus órdenes. Lo sabía incluso aunque no pudiera encontrar las palabras adecuadas para expresar esa vaga y perturbadora certeza.

Grité, pero no había nadie para oírme

Desconocía en qué punto había cruzado a esta, mi nueva realidad: si había sido mi sangre sobre el Libro que, como una unción mágica, de algún modo había liberado su poder; o si simplemente fue el hecho de abrirlo lo que abrió un portal a mi alrededor; puede que ese estallido de cristales rotos de la vitrina del Libro me haya arrojado fuera de mi propio mundo hacia el siguiente; o quizá ese mismo receptáculo no contuviese aire a presión, sino algo incluso menos sustancial, alguna fuerza etérea desatada por mi intromisión que incluso ahora podía estar viajando en una onda de choque alejándose de su foco, transformando todo lo que tocara.

Transformaciones

Estábamos de pie en la parte trasera de la iglesia, Jack, Joey y yo. Tenía una familia numerosa, un montón de amigos, *Puck* los tenía, y la iglesia estaba llena. Había oído que esto pasa a menudo cuando alguien muere joven. Cuando alguien se va tan joven deja muchos dolientes. Pero casi tuvimos que arrastrar a Jack hasta aquí; no hubiese venido aquí por voluntad propia, decía que no hubiese podido sentarse y escuchar al párroco recitar gilipolleces y cantar himnos repugnantes, estúpidas alabanzas a su estúpido dios en su estúpido cielo. Así lo manifestaba.

Miré a ambos, Jack y Joey de pie a mi lado, silencio en negro: trajes negros, ánimos negros. Y tuve este pensamiento absurdo, la estúpida y loca idea de que ambos parecían la estereotipada visión sanguinaria de algún agente secreto de Hollywood, o alguna banda de mafiosos, asesinos, hombres de negro. Ángeles de la muerte, esperando pacientemente para hacer su colecta.

Se giraron para mirarme, exactamente sincronizados, como dos partes de la misma máquina, y sus miradas ausentes hicieron recorrer un escalofrío por mi espalda, porque sentía exactamente el mismo vacío.

Me pregunto si en realidad nada en este mundo ha cambiado excepto yo. Se me ocurrió mientras recorría las calles vacías del mundo, vagando por el medio de carreteras conocidas y desconocidas. Quizá el mundo era el que había sido siempre y era yo el que, estando aislado en el mismo, se había transformado, viendo por primera vez la verdadera trascendencia de todo. Supe, según vagaba

por esas calles tan imperceptiblemente familiares, que el mundo que me rodeaba estaba totalmente abandonado, desierto; no tenía sentido de ninguna manera racional, pero, de algún modo, sabía que el mundo por el que caminaba, tuviera la forma endiablada que tuviera, era mío y solo mío. Era como el momento del sueño en el que te das cuenta de que estás soñando, y te despiertas en el mundo real... y te das cuenta de que sigues soñando.

No sé cuánto tiempo vagué sin rumbo por mi nuevo entorno, absorbido por el surrealismo de aquellos edificios en todas las fases de abandono: algunas ruinas cubiertas de vegetación, algunas viviendas inmaculadas con luces encendidas en sus habitaciones, juguetes infantiles tirados por la moqueta y radios crepitando como único sonido. Era como si los habitantes de la ciudad simplemente se hubieran volatilizado, fuera lo que fuera lo que estuviesen haciendo, pero sin que ninguno de ellos notase la partida de los demás a lo largo de un período de siglos, incluso hasta el último de ellos, quién, parecía que había desaparecido pocos segundos antes de mi llegada.

—¿Realmente crees en ese Libro? —me había preguntado Jack—. ¿Realmente crees que puedes encontrarlo?

Apuré su vaso de ouzo, aflojó su corbata negra y se sirvió otro vaso. Estábamos en su cuarto, después del funeral, y la sala estaba llena de botellas y latas de cerveza vacías, y bolsas de plástico con más bebidas para nosotros. Íbamos a acabar mamados como perras. Todos nosotros íbamos a acabar realmente reventados esa noche. Castigábamos nuestras mentes.

Sacudí la cabeza, riendo tristemente.

—Puede que solo fuera alguna broma de mal gusto muy, muy vieja. Pero... solo me gustaría saber. Toda mi vida he querido saber si... es real.

—Nada es real —soltó Joey.

—Todo es real —dijo Jack—. Todo es real; nada está permitido.

Eso es una cita, pensé, la reconozco. Pero no podía situarla y no sonaba del todo correcto. Miré de uno al otro, todos nosotros estábamos saturados de alcohol y de pena, y sentíamos uno de esos momentos de ácida trascendencia, donde estás seguro de que te has dado cuenta de algo importante y, al instante, lo has olvidado.

Sin consuelo, sin respuestas

Así que ahora me encuentro en este *pub*, escribiendo, y hay pintas de cerveza en la barra, y paquetes de tabaco y mecheros en las mesas. Jesús, cuando entré todavía estaba encendido un cigarrillo en un cenicero, pero sin rastro de gente. Solo el recuerdo de la misma. He pasado las últimas horas dándole vueltas a la cabeza y no estoy más cerca de encontrar el sentido a nada de esto. No puedo encontrar ningún consuelo, ninguna respuesta, solo la misma sospecha que siento cada vez que miro el Libro, una mezcla de temor y admiración, horror y regocijo.

Reposa en la mesa frente a mí como un misterio.

Es posible que esté muerto, que este mundo exista solo para mí porque no sea nada más y nada menos que mi propio portal a... lo que sea que se encuentre más allá. ¿Y el Libro? Puede que sea mi propia invención, mi propia creación, emplazada aquí, esperando el momento en el que pueda enfrentarme finalmente a mi propia mortalidad y cruzar los límites de lo desconocido. ¿Era mi vida antes de ahora una ilusión... o una reilusión, recreada como un camino para guiarme a este libro de mapas, con una historia familiar llena de mitos y leyendas, un estímulo para conocer, para investigar algún misterio secreto y sagrado? Y las amistades creadas y perdidas. Todo aquello guiándome inexorablemente a la apertura del Libro, al descubrimiento de mi condición.

Perdí a Jack, Joey y Thomas. Parece que nunca nadie se cuestiona si los muertos lloran por quienes dejaron atrás, pero los echaba de menos, incluso aunque ni siquiera esté seguro de que hayan existido alguna vez. Si todo mi mundo hasta que encontré el Libro era solo la fantasía de un hombre muerto creyendo seguir vivo, quizá ellos no habían sido más que pequeñas partes de mí de los que me desprendí, dándoles forma humana para proporcionarme compañía en aquel sueño de la vida. Pienso en Jack y Joey, fuego y hielo, luz y oscuridad. Y pienso en Thomas y me siento engañado, traicionado. No puedo aceptar que *Puck* era solo el producto de la imaginación de un fantasma solitario. No. Creo, quiero creer, que ellos eran reales, que los conocía bien, que aquel día en la hierba fuera de la biblioteca fue real, auténtico, incluso si ocurrió de otra manera. Creo que tenía una vida sin el Libro, sin ninguna de esas historias, simplemente una vida sencilla, repetida en la muerte con variaciones como una forma serena de conducirme hasta este punto. Y cuando visualizo a Jack y Joey de pie en aquella iglesia, visualizo a su lado a Thomas, de pie, en mi lugar. Puede que su muerte no fuese más que otra señal de mi imaginación, marcando el camino. Espero que esa sea la verdad. Lo espero con todo mi corazón.

Así que, ¿adónde voy ahora? Es un mundo solitario este Limbo, y solo espero que sea una zona fronteriza. El mismo Libro es la evidencia de que sin duda hay algo ahí fuera, algo mayor que lo que la memoria de un hombre pueda jamás abarcar, un mundo más allá del otro mundo; y si abrirlo era mi despertar, entonces el contenido de sus páginas debe de ser la historia de mi vida, de mi muerte de ahora en adelante. Me encuentro solo en un mundo que es una diminuta porción de un todo mayor. Seguro que en alguna parte de ahí fuera, algún otro rincón de este vasto dominio alberga sus propias almas, nacidas en la muerte, dentro de su propia fantasía. ¿Y sabrán que están muertos, o me corresponde a mí la tarea de despertarlos? ¿Existen caminos entre los mundos, recorridos por otros? ¿Cuántos habrán abandonado su mundo en busca de compañía, y que ciudades habrán sido construidas, donde las almas se reúnan en el gran territorio del otro mundo? Dios mío, este libro debe contener los mapas del Infierno, pero quizás albergue también las llaves del Cielo en los símbolos que lleva inscrito. Ni siquiera sé si cada difunto tiene un libro semejante para guiarle a través de su muerte o si poseo la

única copia. No lo sabré hasta que me suceda algo en mi viaje, me imagino. Imagino que hay muchas cosas que todavía desconozco.

El camino del polvo eterno

Me dispongo a partir mañana. Después de todo tengo el Libro, invitándome a esta gran aventura, y guiándome a cada paso. Mientras permanece en la mesa del pub frente a mí, puedo darme cuenta de lo que no entendía en un principio. La cubierta del Libro ya no muestra la cámara donde lo encontré. No me di cuenta de cómo cambiaba, pero ocurrió; ahora el grabado de la cubierta de cuero forma un mapa de las mesas y sillas que me rodean, y la primera página muestra la arquitectura de este pub abandonado. El Libro cambia según se mueve quien lo lee. El mapa permanece centrado en su observador. ¿Y el símbolo, el extraño ojo en su exterior que se repite en los mapas de dentro? Una imagen del mismo lector, del guardián, del creador. El óvalo de un cuerpo visto desde arriba, un círculo para delimitar la cabeza, y cuatro semicírculos para representar las extremidades. Y el rectángulo que lo interseca es, por supuesto, el Libro, *El Macromimicón*, la gran copia, que acarreo, quizá como una parte de mí. Dondequiera que vaya, estoy seguro de que esos primeros mapas me mostrarán el mundo a mi alrededor con todo el detalle que pueda necesitar, aunque me aventure en regiones que, por el momento, solo aparezcan a escalas mayores.

Mañana comienza mi verdadero viaje. Partiré por esa carretera que conocía en mi mundo como la Gran Carretera Occidental, hacia donde se une con otra calle familiar, pero alterada. Esta se une a la carretera del Cuervo en un cruce poco familiar, fusionándose para convertirse en un nuevo y desconocido camino que se muestra significativo, en cierta manera: la carretera del pájaro carroñero, el pájaro de la muerte, y la carretera hacia más allá de la puesta de sol, a las Tierras Occidentales. Quizá estoy entendiéndolo todo mal, pero parece tener algo de sentido, por lo menos tanto sentido como cualquier otra cosa en este momento. Realmente no sé lo que haré cuando llegue a la costa, pero sospecho que lo que sea que me espere en el lejano oeste, seguirá siendo solamente el comienzo del viaje. Recuerdo historias de *Nuevo México*,* ese desierto polvoriento, la Tierra de los Sueños, y un camino conocido como «Jornada del Muerto»,* y me pregunto..., pero apenas puedo imaginarme el camino por el me dispongo a viajar, ni cómo espero cruzar esos océanos y continentes que son meras charcas e islotes en el gran esquema de las cosas. Debo ser un idiota para enfrentarme a distancias que superan con creces todo lo que haya conocido.

Así que me quedo sentado aquí, en el pub vacío, como un acto final de indecisión e incertidumbre.

* N. del T.: Las palabras con asterísco están en castellano en el original.

Sin embargo, conozco mi destino. Pienso en la página final del libro de Todas las Horas con el camino conduciendo al norte más allá del minúsculo oasis del centro del mapa, fuera de este mundo del tamaño de un universo, y fuera incluso del alcance de este Libro. Me pregunto si este es el camino que tarde o temprano todos debemos recorrer, aunque nos lleve una eternidad llegar a su inicio, y una eternidad de eternidades recorrerlo por completo. Puede que sea la carretera al infierno o la que te saque de él, hacia el Cielo o a algo aún más profundo; después de todo, si este mundo desolado es mi Limbo, Cielo e Infierno podrían no ser más que páramos rurales en la metafísica mostrada por el Libro, y quizá los cruce en mi camino como un peregrino atravesando una aldea, con su corazón centrado en su destino, su mirada fija en una distancia aún más lejana que la línea del horizonte, siendo el polvo bajo sus pies el polvo en el que todos nos transformamos, la vida que abandonamos al despojarnos de nuestra piel.

Termino la cerveza que me había servido yo mismo de los grifos de este desértico, pero bien surtido *pub*, y creo que va siendo hora de que vaya buscando un sitio para dormir. Desearía que mi propia casa siguiese aquí, en este mundo reconstruido; me gustaría dormir una última noche en mi propia cama. Pero quizás haya una razón para que me sea negada esa comodidad. Puede que me levante mañana de vuelta en un mundo repleto de gente, en una ilusión de realidad reconstruida a partir de mi memoria como defensa contra la cruda realidad. Sé que a una parte de mí le gustaría eso. Pero tengo el Libro, y en las páginas del Libro tengo el mapa y, en ese mapa, tengo marcado el camino que debo recorrer. Hay otra parte de mí que quiere despertarse mañana con esa verdad.

Pero sí, es hora de dormir, aunque solo sea un sueño imaginario dentro del sueño de la muerte, para poder enfrentarme al mañana con energías. La ironía de todo esto me golpea mientras estoy aquí sentado, pero parece que incluso en el descanso eterno necesito... descansar.

Tengo un largo camino por delante, un largo y sinuoso camino polvoriento... quizá el camino del polvo eterno.

Una puerta fuera de la realidad

Desde el Más Allá

Desde el Más Allá lo escuchó, procedente de las profundidades. Desde el Más Allá lo escuchó la diosa, procedente de las profundidades. Desde el Más Allá lo escuchó Inanna, procedente de las profundidades.

Abandonó cielo y tierra, para descender al inframundo, Inanna lo hizo, renunció a su labor como reina de los cielos y divina sacerdotisa de la tierra, para descender al inframundo. En Uruk y en Badtibira, en Zabalam y Nippur, en Kish y en Akkad, abandonó todos sus templos para descender al Kur.

Reunió los siete *me* en sus manos, y con ellos en sus manos, en su posesión, comenzó sus preparativos.

Con sus pestañas pintadas de negro con *kohl*, se colocó la *sugurra*, corona de la estepa, sobre su cabeza, y se acarició con sus dedos los mechones del delicado pelo negro que caían sobre su frente, colocándolos en su sitio. Se ajustó un pequeño collar de cuentas de lapislázuli alrededor de su cuello y dejó caer un doble collar de cuentas por su busto. Alrededor de su pecho, se ciñó un peto dorado que atraía sutilmente a hombres y jóvenes, «ven a mí, ven», con un encanto cálido y metálico. Deslizó un brazalete dorado por su suave mano, hasta su estilizado antebrazo, y tomó un cetro de lapislázuli en la mano.

Y finalmente, enrolló su túnica real alrededor de su cuerpo.

Inanna partió hacia el Kur; su fiel sirviente, la dama Shubur, con ella.

—Dama Shubur —dijo Inanna—, mi *sukkal* que me proporciona sabios consejos, mi firme respaldo, la guerrera que protege mis flancos, descendiendo al Kur, el inframundo. Si no regreso, entona un lamento por mí a causa de esta desgracia. Redobla los tambores por mí en las asambleas donde los unkin se reúnen en torno a las moradas de los dioses. Muestra desolación en tus ojos, tu boca, tus muslos. Llevando el sencillo manto de arpillera del mendigo, entonces,

ve al templo del gran Ilil en Nippur. Penetra en su sagrado altar y suplícale. Pronuncia estas palabras:

—Oh, gran padre Ilil, no abandones a tu hija a la muerte y la condenación. ¿Dejarías tu brillante plata enterrada para siempre en el polvo? ¿Verías tu precioso lapislázuli reducido a pedruscos para el cantero, tu cedro aromático talado para obtener madera para el carpintero? No permitas que la Reina del Cielo, divina sacerdotisa de la tierra, sea sacrificada en el Kur.

—Si el gran Ilil no te prestase ayuda —dijo—, ve a Ur, al templo de Sin, suplica delante de mi padre. Si no te prestase ayuda, ve a Eridu, al templo de Enki, suplica delante del dios de la sabiduría. Enki conoce el alimento de la vida; conoce el agua de la vida; conoce los secretos. Estoy segura que él no me dejará morir.

Cuajado de árboles y tormentas eléctricas

Carolina del Norte, donde la vieja 70 que circula de Hickory a Asheville cruza la 225, que sube desde el sur, desde más allá de Spartanburg, atravesando las montañas Blue Ridge y un territorio cuajado de árboles y tormentas eléctricas. Está en el mapa, pero es un pueblo pequeño, o por lo menos lo parece, oculto de la autopista, hasta que pasas el cartel que dice: «Bienvenido a Manon, un pueblo progresista», y disminuyes la velocidad de tu moto al atravesar las calles del centro del pueblo con sus comercios y farmacia, estación de bomberos, alcaldía, la tienda de discos raros o alguna otra tienda especializada que todavía tenga que perder su clientela a costa del Wal-Mart situado a un breve trayecto por la carretera.

Ella circula pasando la sobria arquitectura de ladrillo visto que permanece anclada en alguna parte de la década de 1950, dormida, esperando un futuro que nunca iba a llegar, soñando un pasado del que nunca se han desprendido del todo, exceptuando el pequeño centro comercial con sus restaurantes baratos, uno de carne a la parrilla, un japonés y varios de comida rápida, y un cine abandonado aislado en el centro de su propio aparcamiento. Todos estos edificios están ordenados a lo largo de la carretera como cuentas de plástico barato en un collar destartado. Se paró ante un Hardee's, apagó la moto y bajó la pata de la misma.

La hamburguesa está buena. Carne auténtica en una pieza basta y abundante, para nada parecida a cualquier loncha delgada de cartílago y grasa procesados. Ella ayuda a pasarla con grandes sorbos de su Mountain Dew, y gira la pajita en el vaso de cartón para remover el hielo al tiempo que mira la carretera por la ventana, ardiente en el sol de verano, húmeda y pesada. El cielo es de un azul brillante, el azul del manto de una virgen, expandiéndose hasta el infinito, expandiéndose...

...y permanece frente al espejo de los servicios, inclinándose sobre el lavabo un instante, mareada por un zumbido repentino, un rumor, una canción que vibra a través de su cuerpo como el ondular del aire sobre una carretera calentada por la acción del sol. El Canto. *Mierda*, piensa. Ella debe de estar acercándose. Mira el reloj de pulsera que descansa en el secamanos. El segundero se desplaza hacia delante y hacia atrás, aleatoriamente, esporádicamente, como los indicadores de un avión en una de esas películas donde el aparato se adentra en una tormenta eléctrica.

Estamos a 4 de agosto del 2017. En cierto modo.

Serena otra vez, estudia sus ojos, negros por el rímel y la falta de sueño, y aparta de su frente su pelo rojo oscuro. Incluso volviendo a lavarse la cara, seguía sintiéndose como una jodida zombi. *Maldita zombi retromotera*, piensa. Con abalorios en su pelo, una gargantilla de cuentas alrededor de su cuello y un fascinante collar de huesos de pollo sobre una camiseta con un dibujo de un circuito impreso dorado. Mierda, parece la maldita tecnojipi de su madre.

Coge su reloj y se lo ajusta a la muñeca, desenrolla los auriculares del aparato sujeto a su cinturón y se los coloca, enchufándolos en los elevadores de potencia de sus pendientes, para que sus lentes pudieran recibir la señal de vídeo. El logotipo del Sony VR5 aparece brevemente ante sus ojos al tiempo que se gira para pasar por la puerta, y cambia el dispositivo multimedia al modo de solo audio. No necesita un boletín informativo del tiempo con imágenes traslúcidas de nubes o solecitos, o un navegador con su asistente apareciendo a cada cruce que le diga por donde debe continuar. Hoy no. Coge su casco del manillar de la moto y se lo pone, al tiempo que columpia su pierna sobre el asiento, se acomoda, se sube la cremallera de su chupa motera de cuero y, con el pie, empuja el motor a la vida. La antigua criatura de hierro y cromo ruge entre sus piernas, y otra antigua criatura, una de cuero y vinilo grita en sus oídos.

—¡Looooooooooooooooord! —aulla Iggy Pop, y la guitarra homicida de los Stooges comienza *TV Eye*, mientras Phreedom Messenger da gas a la moto, que sale bramando de boxes en su camino al infierno.

Putas de Babilonia, Reina del Cielo

E Inanna continuó su camino al inframundo. Viajó desde la antigua Sumeria, en el territorio comprendido entre los ríos Tigris y Éufrates, atravesando toda Babilonia y la hitita Haran. Viajó por Canaan entre los apiru, que la llamaron Ishtar. Marchó con ellos a Egipto, y ellos la llamaron Ashtaroth cuando regresó, dejando atrás solo un recuerdo, el mito de Isis. Vio reyes que eran dioses y ciudades estado levantarse y derrumbarse, patriarcas asesinados por hijos que tomaron sus rangos y sus nombres, ejércitos y guerras por el territorio y la dominación. Viajó con los ejércitos, con las putas, los músicos y los sacerdotes

eunucos, ofreciéndoles consuelo en sus jaimas, en tabernáculos de sexo y salvación. Tuvo hijos bastardos con reyes. Ella mezcló la esencia de los dioses entre los hombres.

Vio aldeas ardiendo y estatuas derribadas. Vio a reinos convertirse en federaciones, federaciones convertirse en imperios. Vio desterradas dinastías completas de deidades, con sus nombres y caras eliminados de los monumentos ya construidos, de manera que, a diferencia de ellos, ella tomó nuevos nombres, nuevos rostros. Los tiempos cambiaron y ella cambió con ellos. Nunca aceptó el nuevo orden que estaba desgarrando al viejo que le rodeaba, pero ella sabía bien como luchar contra él, vigilando a aquellos despojados de honor, despojados de veneración, despojados de divinidad, todavía llamándose a sí mismos soberanos mientras el Convenio destrozaba cada ídolo en sus templos. Así que viajó como una suplicante, como una refugiada, con el misterio como protector antes que la fuerza, las sectas en vez de los ejércitos. Vio brotar y crecer las semillas que había dejado caer en la tierra a su paso, solo para ser aplastadas por botas militares. Viajó con esclavos y criminales.

Marchó de Israel hacia Bizancio y Roma, esta Reina del Cielo, madre sagrada, llena de gracia, con su nuevo nombre y los anteriores resonando en las cámaras de las catedrales, en espacios tan vastos y cavernosos como los templos abandonados hace tanto tiempo en Uruk y Badtibira, Zabalam y Nippur, Kish y Akkad.

Viajó en estatuas y piedades, pintada en añil y dorado en viejos frescos del Renacimiento, en iconos rusos; viajó al Nuevo Mundo con conquistadores y misioneros, a plantaciones donde los esclavos bailaban por la noche alrededor de las hogueras, poseídos por dioses, por santos, por *loas* y *orishas*; viajó a través del tiempo a una nueva era de mitologías carnavalescas y estrellas veneradas en pergaminos satinados vendidos en quioscos, de rosarios y cartas del tarot y la televisión, con la que la Tierra acoge la queja continua de los corazones rotos y orgullos heridos de sus blandengues, mimados y huraños hijos.

Avanzó por el camino sin retorno, a la oscura mansión del dios de la muerte, la casa donde aquellos que entran no salen jamás, donde aquellos que entran pierden toda luz, y son alimentados con polvo, con barro en vez de pan. No ven el sol; habitan en la noche, vestidos con las oscuras plumas del cuervo. Sobre la puerta y el cerrojo de la oscura casa, crece el musgo y el moho, el polvo se acumula.

Se detuvo, esta puta de Babilonia, esta Reina del Cielo.

Inanna paró ante el umbral del inframundo, y se giró para mirar a su sirvienta, que la había seguido a lo largo de siglos, milenios.

—Vete ahora, dama Shubur —dijo—. No olvides mis palabras.

—Mi reina —dijo la dama Shubur.

—Vete.

Un monumento al tiempo y al espacio

Cambia a una marcha inferior, un rugido inferior, se balancea de forma amplia y lenta en las curvas, disminuyendo de velocidad según la moto asciende por la sinuosa y empinada carretera de montaña. Aparecen iglesias blancas de madera con citas bíblicas escritas en letreros al borde de la carretera, y destartaladas casas prefabricadas asentadas en sus pequeños solares elevados, con sus porches inclinados y tiestos con flores muertas colgados de cestos. Estas se incrustan entre los profundos bosques de ciervos y osos; este es un territorio de caza, un lugar de camionetas y hombres con chalecos antibalas, rifles de alto calibre y neveras llenas de cerveza. La bandera de barras y estrellas en cada casa. En un camino de tierra que parte de la carretera, a su derecha, los restos oxidados de un coche descansan sobre unos ladrillos, con el texto: «#1 Dawg» pintarrajeado en los maltratados paneles de su costado.

La moto oscila a izquierda y derecha en amplios arcos, tumbándose para superar las pronunciadas curvas, sometiéndose al flujo, al ritmo de los constantes giros y evoluciones. La carretera serpentea directamente hacia las colinas y ella serpentea al compás, como una cobra amaestrada lista para atacar, pero que solo se contonea, hechizada por la música que le rodea, cambiando marchas, de un rugido a un bramido, y vuelta a empezar. Lento y amplio. Rápido y ajustado. Izquierda. Derecha. Izquierda. Derecha. La luz del sol parpadea con un blanco cegador a través del mosaico de árboles, como el final de una vieja película de celuloide estremeciéndose al otro lado de un proyector.

La carretera corta momentaneamente las definidas sombras de los altos árboles, divide las oscuras prominencias de roca cubiertas de musgo, y atraviesa un túnel de hormigón; y ella toma el carril de deceleración a la derecha, y gira y gira, ingresando en el bulevar del Blue Rigde, recorriendo la espaciosa carretera que avanza de cresta de montaña a cresta de montaña a lo largo de toda la cordillera. El sol es cálido, pero el aire es tan puro y vivificante como un manantial fresco, y ella puede mirar a izquierda y derecha y ver el mundo por ambos lados, con las colinas al fondo, los valles en medio; el vasto, verde, abrupto y maleable monumento al tiempo y al espacio, a la tierra y al cielo.

Son lugares como este los que te impiden determinar donde acaba el mundo y donde comienza el Vellum, piensa. Por encima de todo ese artificio de asfalto, por encima de todos esos hitos de madera dispuestos en su trayecto, por encima de todo lo que puedes observar en los valles donde todavía ves las casas e iglesias, escuelas y factorías de los pequeños pueblos encajados en las laderas, aquí arriba la realidad, como el aire, es etérea. La carretera es solo un rasguño en la piel de un dios; si te sales de él, piensa, si atraviesas una de las bajas vallas de madera y sales disparada por el aire, te estrellarías fuera de este mundo para

llegar a otro, a un mundo carente de vida humana o poblado por espectros irracionales.

Pero esos no eran, ni de lejos, los tipos de mundos que estaba buscando.

Inanna ante las puertas del Infierno

—Guardián, abre tu puerta para mí —llamó Inanna—. Si rehúsas, las destrozaré, quebrantaré su cerrojo, astillaré su esencia. Derribaré estas puertas y levantaré a los muertos para que se alimenten de los vivos, hasta que haya más almas de los muertos caminando por el mundo que los propios vivos.

Inanna permaneció de pie ante las puertas externas de Kur, y las golpeó sonoramente.

—Abre las puertas, guardián —clamó con voz fiera—. ¡Abre las puertas, Neti! Vengo sola y solicito entrar.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Neti, hosco guardián jefe de las puertas del Kur.

—Soy Inanna, reina de los cielos, en mi camino al oeste.

—Si eres realmente la reina de los cielos —dijo Neti—, en tu camino al oeste, Inanna, entonces, ¿por qué, por qué tu corazón te ha convertido en una viajera en el camino sin retorno?

—Mi hermana, Eresh de la Grandiosa Tierra —respondió Inanna—, es la razón. He venido a presenciar los ritos funerarios de Gugalanna, Toro del Cielo, su esposo muerto. He venido a presenciar los ritos, la cerveza funeraria de sus libaciones derramada en la copa. Ahora abre.

—Espera aquí, Inanna, y transmitiré tu mensaje a mi reina.

Y Neti, el guardián jefe de las puertas de Kur, se volvió y entró en el palacio de Eresh, la reina del inframundo, de la Grandiosa Tierra.

Mary o Anna, Esther o Diana, Phreedom acaricia las numerosas tarjetas que lleva en la cartera, todas las identidades con las que viaja. Coge una casi al azar, una Anna esta vez, y se lo alcanza al recepcionista detrás del mostrador. Él le sonrío y ella no puede evitar pensar en los moteles baratos donde ha estado, donde todos los recepcionistas eran espectros sim, fantasmas electrónicos con apenas la IA suficiente para atender las admisiones y las partidas. Los encargados sim eran la opción más barata ahora, respecto al viejo sector de servicios de esclavos asalariados del pasado; ella está un poco sorprendida de que este lugar tenga un recepcionista de carne y hueso. Pero puede que simplemente no se hayan adaptado a los tiempos que corren.

Otro pueblo, otro Comfort Inn, piensa. Esta vez es Marion, pero podía haber sido cualquier otra. Observa cómo el recepcionista desliza la tarjeta por el lector y se gira para mirar la pantalla, esperando la confirmación. Y ella se detiene, con el bolígrafo suspendido en su mano sobre el registro, lleva la mirada al reloj de la pared del fondo y ve como el segundero avanza una vez, una segunda vez, y se detiene. El recepcionista está inmóvil, paralizado en una postura encorvada, con

una mano apoyada en el monitor y sus dedos tamborileantes detenidos en su golpear. Ella pasa las páginas del registro hacia atrás, buscando entre los nombres uno que tenga un aspecto diferente. No tiene ni idea de qué nombre habrá empleado él aquí, pero sabe que lo reconocerá en cuanto lo vea, por los pequeños indicios, no en su letra, en la serpiente de una «s», o los curvados montículos de una «m», si no en la huella que deja, no en el papel, si no en la propia realidad. Los unkin pueden usar el nombre que quieran, cualquier aspecto, pero todavía portan su naturaleza en su actitud, en sus acciones. Dejan rastros.

Sin embargo, ni siquiera se ha molestado en usar un nombre falso. *Thomas Messenger*.

Es tinta negra sobre papel blanco, pero ella lo ve como un blanco resplandeciente con un aura negra, como su propia imagen reflejada. De modo que su hermano estuvo por aquí.

Ella permite avanzar al segundero en el reloj, y el recepcionista se incorpora, girándose hacia ella.

—Mi reina —dijo Neti, una doncella permanece ante las puertas de palacio. Permanece tan firme como los cimientos de las murallas de una ciudad, altiva como los cielos y grandiosa como todas las tierras. Viene preparada, con los siete *me* reunidos en sus manos. Sus ojos están sombreados con oscuro khol, y en su mano lleva un cetro de lapislázuli. Por su frente caen mechones de delicado pelo negro, arreglados con cuidado. Lleva un diminuto collar de cuentas de lapislázuli alrededor de su cuello, y un doble collar de cuentas por encima del busto. Alrededor de su pecho un peto habla, atrayendo a todos los hombres, dice: «ven, ven a mí». En su cabeza porta la *sugurra*, corona de la estepa, y lleva un brazalete dorado en su antebrazo. Mi reina, lleva su túnica real enrollada alrededor de su cuerpo.

Y Phreedom desliza la tarjeta llave por la cerradura y abre la puerta para entrar a una habitación que era como todas las otras habitaciones de este Comfort Inn, de todos los Comfort Inn, de todos los hoteles baratos de todos los pueblos desconocidos de todos los estados donde ha estado. Deja el casco en el aparador de madera al tiempo que la puerta se cierra detrás de ella, coloca la chupa en el respaldo de una silla. Se quita el collar de huesos de pollo por encima de la cabeza, se desengancha la gargantilla, se desliza el reloj fuera de su muñeca, y desenchufa el dispositivo multimedia de su cadera, dejándolos todos en el oscuro tablero de madera. Se quita la camiseta y la deja caer en la verde colcha, estampada con flores llamativas y bien ajustada a la cama de matrimonio; se encamina al cuarto de baño donde...

El agua de la ducha corre sobre su mano, con un cálido goteo y senderos caprichosos entre sus dedos. Sus vaqueros azules están tirados por el suelo, pero Phreedom no recuerda habérselos quitado. *Joder*, piensa. Otro corte. Otro pliegue en el tiempo, una pequeña muesca en el Vellum. Está al lado de la ducha.

Se mete en la misma.

Minutos rotos y horas combadas

—Ella está aquí, tu hermana Inanna, que porta la gran fusta, el artefacto Keppu, para agitar a los *abzu* mientras Enki mira.

Cuando Eresh de la Grandiosa Tierra escuchó esto, palmeó su muslo, mordiendo el labio inferior. Cuando Eresh de la Grandiosa Tierra escuchó esto, montó en cólera.

—¿Qué he hecho para enojarla? Como y bebo con los *anunnaki*, barro en vez de pan y agua estancada en vez de cerveza. ¿Qué la trae aquí? Yo lloro por los hombres jóvenes y los amores que abandonan sin elección. Yo lloro por las muchachas arrancadas de los brazos de sus amantes. Yo lloro por los niños nacidos antes de su momento para morir antes de haber vivido.

Su cara se puso escarlata como un corte de tamarisco, sus labios tan púrpura como el borde de una vasija *kuninu*. Llevó el problema a su corazón y lo meditó profundamente. Después de un rato habló:

—Acércate Neti, mi guardián jefe de las puertas del Kur, y escucha cuidadosamente lo que te voy a decir: Cierra y sella las siete puertas del Kur, entonces, una a una, abre cada puerta y permite a Inanna penetrar por las mismas. Hazla bajar. Pero según entre, cógele sus vestimentas reales, coge la corona, la gargantilla y el collar que le cae por su busto, el peto dorado de su pecho, el brazalete y el cetro. Despójala de todo, incluso de la túnica real, y permite a la sagrada sacerdotisa de la tierra, la Reina del Cielo, que entre aquí postrada.

Neti escuchó las palabras de su reina, cerró y selló las siete puertas del Kur, la ciudad de los muertos. Entonces abrió la puerta externa

—Adelante, Inanna, entra —le dijo Neti—, y según Inanna entraba por la primera puerta, la *sugurra*, corona de la estepa, fue retirada de su cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Inanna.

—Silencio, Inanna —le fue dicho—, las costumbres de la ciudad de los muertos son perfectas. No deben ser cuestionadas.

Y clic. La puerta de la habitación de Phreedom oscila lentamente por la acción de su resorte, cerrándose tras ella según sale al corredor, con la tarjeta llave en su mano, y esta en su bolsillo.

Otros *unkin*, sabe, tienen otros métodos para encontrar a aquellos que no quieren ser encontrados. Algunos usan los métodos antiguos: escrutar en espejos para obtener una visión de su objetivo en una esquina, parado bajo el letrero de una calle, u olfateando una esencia psíquica como los sabuesos, siguiendo la pista a pie a través de continentes enteros; o escuchando, con la cabeza erguida, en busca del más leve eco de un sonido único, una huella en la voz ondeando a través de la atmósfera, a medio mundo de distancia. El Canto viaja lejos.

También están aquellos que usan artefactos absurdos de su propia invención o reinventón, brújulas encantadas y contadores *geiger* con sus entrañas

reconfiguradas para pitar aleatoriamente, ordenadores portátiles con programas compilados en trinario, diseñados para desplegar en pantalla una lista de nombres y asignaciones escritos en la historia antes de que la misma historia siquiera existiese, los antiguos *me* escritos en los medios modernos. Algunos simplemente encuentran a alguien que cree que podría saber algo y le arrancan una dirección directamente de la cabeza. Phreedom no es ajena a esos métodos.

—¿Dónde está tu hermano, pequeña? —había preguntado él.

—No lo sé.

—Ya lo veremos —había dicho, con sus dedos rígidos alrededor de su garganta.

No. Phreedom no es ajena a estos métodos, pero ella trabaja con algo más parecido al instinto, a la intuición. Los unkin dejan huellas en las épocas por las que viajan tan claras como en los lugares y las cosas, y Phreedom está siguiendo un rastro de minutos rotos y horas combadas que son tan... legibles para ella como la firma de Tom en el registro del hotel, aunque sea un poco... confuso. En términos de tiempo, el rastro de su hermano es similar al de un presidiario fugitivo atravesando arbustos, cruzando ríos, retrocediendo para cruzarlos de nuevo, robando un coche, intercambiándose la ropa con un vagabundo y subiendo a algún tren que circula en una dirección completamente diferente; intentándolo todo, cualquier cosa para despistar a los sabuesos que siguen su rastro. Phreedom sabe que hay algunos sabuesos de los que simplemente no te puedes librar. Ella sabía que tenía que encontrar a su hermano antes de que ellos lo hicieran. Tacha eso. Ella sabía que tenía que encontrar a su hermano antes de que ellos lo hicieran.

Un rastro de mugre bajo una uña

Según entraba por la segunda puerta, le fue retirado el pequeño collar de cuentas de lapislázuli. Y de nuevo preguntó Inanna: ¿Qué ocurre?

—Silencio Inanna —le dijo Neti—. Las costumbres de la ciudad de los muertos son perfectas. No deben ser cuestionadas.

Clic. La puerta de acceso al hueco de las escaleras se abre según presiona su barra horizontal, y ella sobrepasa las máquinas expendedoras en su descenso, y baja las escaleras hacia la salida.

—He encontrado una manera —dice él. Una forma de evasión, una puerta fuera de la realidad, en Ash...

Ella le corta, poniéndole un dedo en sus labios, y negando con la cabeza. Están sentados en un bar de carretera bebiendo sus cervezas y mirándose mutuamente al otro lado de la mesa. Estamos alrededor de un año atrás. Sus motos están aparcadas fuera y en breves momentos saldrán, se darán un último abrazo antes de que levanten la pata de la moto, enciendan los motores y se marchen en distintas direcciones. Ella había empleado los dos últimos años en buscarlo, rogando porque no supiera lo que ella hacía, que él no fuera como ella, como

Finnan. Pero ella puede verlo en sus ojos, algo parecido al miedo o la furia. Y él le muestra su marca, en su pecho, bajo su camiseta, a la altura del corazón. La mayoría de la gente solo vería una piel tersa, los abalorios y la bolsita vudú, la cruz de plata y las chapas identificativas. Ella ve su grabado, su nombre secreto labrado con luz en la escritura unkin, como un tatuaje luminoso. Puede que tenga también un halo, o cuernos.

—No me lo digas —dice—. Sería demasiado peligroso si lo supiera.

Y todo lo que desea ahora mismo es que el mundo fuera como cuando eran niños, antes de que la sencilla envoltura que ellos conocían fuera desgarrada y se mostrase toda la carne y los huesos de su metafísica oculta, las ondulantes fibras nerviosas de los caminos retorciéndose en el tiempo y el espacio, los tendones elongándose por siglos, las estructuras de blanco hueso de una eternidad conectada, articulada, reconstruida por criaturas que han caminado por este mundano planeta mucho antes de que ambos nacieran. Criaturas como aquellas en las que se han convertido, sin siquiera saberlo, y, al hacerlo, condenándose a sí mismos a una existencia desquiciada. ¿Qué hacer si el fin del mundo se acerca y tú eres un ángel que no quiere luchar? ¿A dónde irías?

—El Vellum —dijo él.

El Vellum. Como si darle un nombre lo hiciera más comprensible, algo más cuerdo. Un mundo debajo del mundo, o detrás de él, o más allá de él, dentro, fuera, esas putas ideas no se pueden aplicar. ¿Dónde está el Vellum? ¿Fuera del mundano cosmos, como pensaban los ancianos, mucho más lejos de lo que podían imaginar con sus medidas de los cielos ridiculizadas por las actuales de las galaxias y *clusters*? ¿O enterrado en los restos de mugre bajo una uña? ¿De dónde vienen los dioses? ¿Adónde va la gente cuando muere? ¿Adónde viajan los ángeles, en grupo por miedo a ser masacrados por sus propias sombras, apiñados en fortalezas, los cielos contra un vacío, necesitando un maldito dios de dioses para lanzarse a la conquista? Phreedom había visto un atisbo de ello, solo una vez, una planicie de calaveras de pájaros extendiéndose hasta donde alcanza la vista, una visión que le fue mostrada como una amenaza el día en que ella se convirtió en uno de esos seres inhumanos. Fue un aviso dado a una pequeña niña que ya sabía demasiado, un mensaje: esto es en lo que te estás metiendo. Aun con lo vasta y desoladora que pudo haber sido aquella visión, ella sabía que era solo un minúsculo rincón del infinito Vellum.

Le mira, a su hermano, Thomas. Sus ojos eran marrones salpicados de verde, como los de ella eran verdes salpicados de marrón; donde su pelo era castaño rojizo, el de ella era rojo óxido con tonos cobrizos. Ambos están en el otoño, si imitamos la clase de eurobasura de las páginas web sobre moda, pero mientras él pasea por las primeras hojas caídas del otoño, ella está bailando alrededor de una hoguera en Halloween.

—Voy a entrar al Vellum —dice Thomas—. El Convenio no me encontrará. Finnan...

—Que le den por culo a Finnan —escupe ella—. Si no fuera por ese hijo de puta, jamás hubiéramos...

¿Jamás qué? ¿Jamás tocar la eternidad? ¿Jamás escuchar el Canto que resuena en cada fibra de sus malditos cuerpos? ¿Jamás aprender a escuchar ese lenguaje, leer sus inscripciones en el mundo y en ellos mismos, sus propios nombres secretos? ¿Jamás convertirse en un unkin?

Pero ella sabe que no es cierto, que había algo en ella que no podía evitar ser atraída hacia ese loco personaje que vivía en su castillo de chatarra en el aparcamiento de caravanas situado en medio del desierto, donde acudían cada invierno, año tras año, con su madre y su padre, como una familia de aves migratorias de la seminómada tribu Winnebago. Él no los persiguió. No se acercó a ellos y les tendió la eternidad en la arena ante sus pies. Ellos fueron a él, primero su hermano y luego ella, porque ellos sabían, por la manera en que tocaba el aire seco como un hombre ciego palpando la cara de alguien, por la manera en que giraba su cabeza para observar en el aire los vórtices de las volutas del humo de los cigarrillos, ellos sabían que poseía alguna forma de leer los secretos escondidos en el mundo que le rodeaba. Si no hubiera sido él quién se lo mostrase, quién se lo mostrase a ambos, el mundo debajo del mundo, hubiera sido cualquier otro, en cualquier otro lado, en cualquier otro momento.

Aun así, ella no puede evitar odiarlo un poco por el infierno que les está dando caza a ambos ahora, tanto a su hermano como a ella. O el cielo, mejor dicho.

Ángeles en tu cuerpo

El doble collar de cuentas fue retirado de su busto en la tercera puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Inanna, pero de nuevo le fue dicho que se callara. *Las costumbres del inframundo son perfectas. No pueden ser cuestionadas.*

Crack.

—Gracias —el hombre sonríe mientras franquea la puerta que ella mantiene abierta.

Ella ladea la cabeza.

—De nada.

Y sale en dirección al aparcamiento.

—Ángeles en tu cuerpo —le responde él, alguna inapropiada chifladura de bendición californiana.

Columpia la pierna sobre la moto.

La mayoría de la gente lo entiende mal, sabía ahora. Creen que los unkin que vagan por sus mitos y leyendas, haciéndose llamar a sí mismos dioses aquí, ángeles allí, creen que esas criaturas rigen la eternidad, que les pertenece como si fuera su reino. Pero la eternidad, el Vellum, es como... el medio de la misma realidad, la página en blanco donde todo esta escrito, donde cualquier cosa podría ser escrita. El Vellum no es la absoluta certeza de la existencia de una especie de

ciudad estado del Cielo; no, es la salvaje grandiosidad de la incertidumbre, la posibilidad, el maldito caos primitivo, y ese imperio de ángeles de sus sueños no es más que un asentamiento de colonos intentando domarla, ajustarla a sus absurdos ideales puritanos, un pueblo de muros y alambradas, de entusiasmo retorcido, de odio y miedo, soportando las tormentas y a los extraños nativos, y avanzando con su caballería, espadas y pistolas para masacrar a cada salvaje pintado e india desnuda que no acepte sus rigurosas leyes sobre el pecado y la pureza. Ángeles y demonios. O el Convenio y los Soberanos del Poder, como les gusta llamarse a sí mismos. Para los ángeles, incluso la misma eternidad es solo otro infierno de enemigos pieles rojas que debe ser purgada y reconstruida, Nuevo Jerusalén... su Nuevo Mundo. Se pregunta ella si tendrán barcos de esclavos transportando pecadores muertos a sus Tierras Occidentales para faenar en plantaciones-purgatorio.

Por un instante, mirando a su hermano, en el bar de carretera, tiene una repentina visión de él con un uniforme de la guerra civil, con sus galones arrancados y tan gris por el polvo que no podría adivinar el bando en el que está, o estaba antes de que partiera con la moto. Un parpadeo y él es normal de nuevo. Ese es el problema de la eternidad. Abarca todos los putos instantes.

—No me encontrarán —dice él.

—¡No lo encontraréis! —chilla ella, y se retuerce, gruñendo y maldiciendo, sollozando, escupiendo sangre y llorando cuando uno de los bastardos unkin coge sus brazos, retorciéndoselos por detrás, restallándoles con un dolor eléctrico a través de los hombros dislocados, mientras el otro la coge de los pelos con una mano para lanzarle la cabeza hacia atrás y hundirle el otro puño en la cara, en su mandíbula, una y otra y otra vez, hasta que lo único que puede hacer ella es gemir. *Os mataré. Os mataré, cabrones*, piensa. *Os mataré a ambos*.

Puede sentir su mente tocada por la de él, un murmullo en su cabeza, ¿dónde está? El cigarrillo todavía arde en el cenicero en la mesa de formica de la hace mucho tiempo abandonada caravana de Finnan. No debería haber vuelto aquí. El humo serpentea hacia arriba, lánguido; el propio cigarrillo es prácticamente ceniza ahora.

Él se gira para mirar la mesa, luego observa detenidamente su cara.

—¿Ash?³ —pregunta—. ¿En qué estás pensando, pequeña?

Ella mira el cigarrillo, clava los ojos en el cigarrillo, la ceniza, esa ceniza, ninguna otra, no la sílaba pronunciada de una palabra interrumpida. No va a darles nada a estos cabrones.

—Que te follen —le contesta, y es golpeada de nuevo

³ N.del T.: *Ash* significa «ceniza».

—Lo encontraremos —le dice al oído el que la retiene por los brazos—. Puedes hacerlo más fácil para nosotros, más sencillo para ti, pero igualmente lo encontraremos. Por favor.

Poli bueno, poli malo. Se presentaron a sí mismos como Carter y Pechorin. *El chico dorado y el conde Drácula*, pensó con desdén, rechazándolos hasta que se quitaron las gafas de sol y ella pudo ver lo vacías que eran sus miradas.

Que os follen. Que os follen, piensa. *Os mataré a ambos. Y no lo encontraréis.*

Los puñetazos se detuvieron. No puede ver nada más, por la sangre y el zumbido cegador de las punzadas de dolor, pero puede sentir ahora como la agarran, tirando de sus vaqueros, rasgándole la camiseta. Han pasado seis meses desde la última vez que vio a su hermano, pero la huella de la memoria es fuerte en ella; es lo que les llevó a ella en la caza de su hermano. Ellos están acelerando el apocalipsis. La mayoría de los unkin están ya alineados con una facción u otra; y es únicamente la extravagante sangre nueva, nacida muy lejos, viviendo al día, la que ha conseguido evadir a los reclutadores. Hasta lo que sabe, solo quedan libres Finnan, su hermano y ella. Y ni siquiera está segura de sí misma.

Os mataré a los dos, cabrones.

Puede sentir una mano metiéndose dentro de sus vaqueros; ella está encerrándose dentro de sí misma, la única escapatoria de la brutalidad de los ángeles. Él empieza a gruñir, presionando con sus dedos, explorando.

No lo encontraréis.

Pero yo sí lo haré.

Cazador buscador

Cuando entró por la cuarta puerta, el peto dorado fue retirado de su pecho.

—¿Qué ocurre? —preguntó Inanna.

—Silencio, Inanna —le fue dicho—, las costumbres de la ciudad de los muertos son perfectas. No pueden ser cuestionadas.

Fatalidad. Ella vislumbra un fragmento del pasado o del futuro, un eco a través de la realidad, a través del presente... a través de la carretera: la puerta de un coche cerrándose de un portazo mientras dos hombres con trajes negros están de pie, con los brazos cruzados, y ojos de insectos bajo gafas oscuras, haciendo señas a la persona que está de pie donde ella está ahora, a su hermano Thomas. Está superpuesto sobre su visión como podría estarlo una simulación de realidad virtual en sus lentes, pero ella sabe que esto no es una aparición electrónica. Ella sabe que esos cabrones; sus demonios personales, esos ángeles de la muerte, son dioses contratados. Putos unkin. Los puede ver a una milla de distancia. Los puede ver a un mes de distancia.

La visión solo dura un segundo, pero es suficiente para entender.

Asheville, piensa, mientras adelanta a otro viejo Volkswagen Escarabajo plagado de pegatinas pacifistas en su parachoques. Haight-Asheville, más bien.

Es grotesco. No es en absoluto lo que se esperaba después de varios días atravesando pequeños pueblos con banderas ondeando y moteles con «Apoyamos a nuestra tropas» en sus letreros de carretera en vez de «Habitaciones libres» o «Completo», después de girar el dial de la radio de su habitación y encontrar solo *country* y *western*, evangelistas y rock clásico. O tal vez debía de haberlo esperado, dándose cuenta por el Jim y la Manis y el Jimi, que si los pequeños pueblos están atascados en los cincuenta, la gran ciudad local estaría fumada y flotando en el recuerdo de 1969. La guerra es en el Oriente Medio, en vez del sureste asiático, y los paletos sureños están hablando de morubes, turbantes y *burkas* en vez de *charlies*; sin embargo parece que nada haya cambiado.

Es un pueblo de estudiantes, supone, y esta área de cuatro manzanas en el centro es un pequeño gueto bohemio para los intelectuales, con todas sus tiendas de música y los cafés, bares y restaurantes populares. Un autobús británico de dos pisos forma la terraza de un bar, habiendo quitado sus ventanas y asientos, para sustituirlos por mesas y sillas, toda una extravagancia europea retro. Ella pasa lo que parece un viejo garaje, pintado de azul celeste, con flores multicolores y varios arcoíris: una jodida comuna o algún tipo de cooperativa. Hay un chaval con una camiseta del Ché Guevara, y una pintada que pone: «Que se joda El Álamo, recuerda Guantánamo». No le extraña que Tom haya acabado aquí, piensa, con lo jipi tardío que es, o era.

Gira hacia la calle de la facultad, y aparca la moto enfrente de un banco, rodea el área a pie, concentrada en esa especie de sexto sentido, como si estuviera jugando de nuevo a un juego de la infancia, con la voz de su hermano riéndose de ella. Frío, te estás helando. Más caliente ahora.

Ellos solían jugar a «Cazador buscador» entre las caravanas de Slab City, uno de ellos escondiéndose en algún automóvil o bidón quemado, camuflados ante la mirada procedente de las gafas de sol del otro (esto ocurrió antes de que sacaran las primeras lentes), y guiándose con pistas y burlas susurradas a través de las ondas de radio hasta sus auriculares. Como si fuesen misiles termodirigidos equipados con cámaras, directamente mostrados por la cobertura de la CNN de la guerra en Siria.

—Y ahora te estás calentando de verdad —habría dicho él—. Más caliente. Ahora te estás quemando. Rojo vivo. Rojo Blanco.

La resonancia de otro momento

Fatalidad. Esta vez el coche es real, aparcado en la calle de la facultad. El dueño, un joven en pantalones cortos de color caqui, cierra la puerta de un portazo y activa el cierre centralizado mientras apunta al coche con un pequeño mando electrónico negro. Ella se siente mareada a medida que el mundo zumba a su alrededor. Puedes llamarlo un *déjà-vu*, pero no es que se sienta como si hubiera

estado antes en esa misma situación, si no más bien como si ella supiera que otro sí lo había hecho, que su hermano sí había estado allí. Igual que antes, ella tiene esa desconcertante sensación de que está de pie en el mismo sitio donde estaba su hermano. E igual que entonces, percibe la misma visión periférica de dos hombres con trajes negros y gafas oscuras, uno de ellos llamando a su hermano formando un lento gancho con su dedo. Ven aquí.

Tiene que luchar contra la sensación que le apremia a darse la vuelta y correr, incluso a sabiendas de que esos cazadores buscadores unkin, con su pose conscientemente estereotipada de rudos mafiosos, no están allí, ahora mismo, pero sí en otro tiempo, que van detrás de su hermano, no de ella. Puede sentir el terror de Thomas, ardiéndole en el pecho, al rojo vivo..., rojo blanco.

El coche es real, el momento carece de importancia, pero ella siente la resonancia de otro momento, el momento en el que su hermano sale del coche, se planta donde está ella ahora y se gira justo como lo está haciendo ella...

Cuando ella entraba por la quinta puerta, el brazalete dorado fue retirado de su antebrazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Inanna.

—Silencio, Inanna —le fue dicho—, las costumbres de la ciudad de los muertos son perfectas. No pueden ser cuestionadas.

Y ella está cerca. Puede sentir como la realidad adelgaza a su alrededor, como si el propio mundo fuese solo un pellejo, traslúcido, tenue, con el Vellum vibrando debajo de lo que es real, debajo, más allá, detrás. Ha seguido el camino que su hermano ha rasgado a través del tiempo, lanzándose adelante y atrás tras su estela, subiendo a las crestas de las olas y mantenido su camino hacia la fuente, la zona de impacto, donde él se abrió paso, como un cometa estrellándose en el océano. Y ella está... aquí.

Se gira para encontrárselo delante de sus narices.

El garito de tatuajes está adornado con dibujos psicodélicos por todas partes, pintados sobre el azul marino del trabajo de ebanistería y, en la ventana, fotos y carteles informativos. El panel de cristal de la puerta tiene el logotipo de un ojo pintado de negro, intrincado y de aspecto antiguo, como un grabado. Iris Tattoos. Este es el lugar que ella ha estado buscando. Si ella quiere encontrar a su hermano, donde o cuando demonios esté, esta es... la puerta que debe de atravesar.

Lleva su mano al pomo de latón de la puerta y lo rodea con sus dedos, delicados, tensos. Se detiene.

Tilín. Suena la campanilla sobre la entrada de la tienda, de latón como el pomo que ella vuelve a girar para cerrar la vieja puerta acristalada, que vibra al rozarse con su marco.

Cuando entraba por la sexta puerta, la pulsera de lapislázuli fue retirada de su mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Inanna.

—Silencio, Inanna —le fue dicho—, las costumbres de la ciudad de los muertos son perfectas. No pueden ser cuestionadas.

Y la cortinilla de cuentas suena al ser atravesada para llegar a una habitación oscura, donde una mujer con un velo la mira e interrumpe lo que estaba haciendo, con su máquina de tatuar aún zumbándole en la mano. Y hay otra mano, cogiéndola del brazo, la del ayudante.

Y cuando entraba por la séptima puerta, la túnica real fue retirada de su cuerpo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Inanna.

—Silencio, Inanna —le fue dicho—, las costumbres de la ciudad de los muertos son perfectas. No pueden ser cuestionadas.

—¿Qué ocurre? —pregunta Phreedom.

—He dicho que no puedes entrar. Madame Iris está con un cliente.

—Ella querrá verme —dice Phreedom.

Desnuda y postrada

Desnuda y postrada, Inanna penetró en la sala del trono de Eresh de la Grandiosa Tierra, la cual se levantó. Ella comenzó desde su trono. Los anunnaki, jueces del inframundo, aparecieron de las tinieblas para rodear a Inanna, iniciando su juicio. Eresh de la Grandiosa Tierra clavó el ojo de la muerte en ella. Ella enunció la palabra de la ira contra Inanna, pronunció el aullido de la culpa contra ella, abatiéndola. Y según el juicio y aquella mirada, la ira y la culpa caían sobre ella, por las tinieblas que caían sobre ella, Inanna sucumbió, y cuando resucitó saliendo de las tinieblas era como un cadáver, alzada por las manos de los jueces del inframundo, alzada para estar suspendida, un pedazo de carroña, un canal colgando de un frío gancho en la pared.

Phreedom observa a la mujer del velo con un desapego ceñudo y sereno, ignorando al ayudante que sigue sujetándola del brazo. Por lo que a ella respecta, madame Iris se parece a Gypsy Rose Lee, parece más una pitonisa barata que una guardiana del portal.

Alguna jodida soberana. Mejor gobernar en un puto garito de tatuajes en medio de ninguna parte que servir en el Cielo.

La mujer del velo pide a su asistente que se retire, manda a su cliente fuera a través de la cortinilla con un solo susurro en el oído, y:

—Tienes tu marca, pequeña diosa —dice—. Puedo verla en ti... dentro de ti. ¿Qué necesitas de mí?

Tiene un acento remotamente europeo, piensa Phreedom, pero no puede situarlo. Hay en él una inconsistente mezcla del gutural germánico y el melodioso latino, y se pregunta si es simplemente una artimaña, como el velo, un disfraz diseñado para dar un aire de falso misterio. Madame Iris. Sí, claro. Ella es un unkin con total seguridad, está irradiando un poder que Phreedom siente como

algo entre calor y electricidad estática hormigueando por su piel. Pero, real. *Corta el rollo, hermana*, piensa Phreedom.

—Estoy buscando a alguien —dice.

Busca el bolsillo de su chupa para sacar su cartera, y extraer una foto de la misma, pero su mano está apenas a medio camino del bolsillo cuando la mujer inclina la cabeza.

—Thomas —dice—. ¿Tu amante?

—Hermano.

La mujer emite un *ummm*.

—Sabes que ha partido. Resumiendo, marchó al interior del...

—Vellum —dice—. Lo sé.

Él dijo que no podrían encontrarlo, pero lo hicieron. Le encontraron y escapó. De algún modo se zafó de ellos y, saltándose este camino y aquel, con los sabuesos pisándole los talones, llegó hasta aquí, al garito de tatuajes de madame Iris en el centro de Asheville, donde la frontera entre la realidad y el Vellum es tan tenue que puedes poner un dedo en ella y, con la uña, rascar y desgarrar un portal entre este mundo y el que se esconde debajo.

—Sé que se fue —dice, con la voz afectada por el recuerdo—. Eso no significa que no pueda ir tras él.

—Está muerto —dice madame Iris.

—Eso no significa que no pueda ir tras él.

Madame Iris permanece callada por un segundo.

—Donde los ángeles tienen miedo de pisar, ¿eh? Sabes que ese camino es de una única dirección.

—No me importa.

Y Phreedom sabe que es cierto. Bajo la congoja y la rabia, bajo la amargura que le guía, existe un gran vacío. La verdadera aflicción, la auténtica ira, se encuentra en lo que ha sido arrancado de su corazón. El dolor que alimenta cuando se tumba por la noche en la cama de una habitación de algún hotel es solo un... sustituto del dolor que debería de sentir, pero que no es capaz de recrear, ya no más. Como un pedazo muerto de carne suspendido para desangrarlo, despojada de su dignidad, desollada y eviscerada, muerta por dentro. Ella pertenece al Infierno, una res muerta colgando de un frío gancho en la pared.

—Voy a pasar hacia el otro lado —dice Phreedom.

—Ya estás aquí —dice madame Iris, abandonando su acento, bajándose el velo y mostrando la cara que Phreedom mira a través del espejo.

Phreedom ante las puertas del Infierno

Phreedom entra en la ducha, cerrando la mampara de cristal detrás de ella, y se suelta el pelo bajo el agua, sintiendo la mugre de la carretera y el sudor del calor resbalarse por su cuerpo, el cansancio enjuagándose de sus huesos. Cierra los ojos,

cierra la mente y deja que se lo lleve todo el agua, toda la mierda de la memoria, todo el polvo de la identidad, mientras permite a sus manos ocuparse de enjabonarse y frotarse, recorriéndolo todo el cuerpo, limpiando cada parte del mismo con la eficiencia de un soldado. Si ella lo disfruta, si se relaja con el agua caliente y disfruta la sensación, abrasadora y reconfortante en su piel, es de una forma abstracta, la percepción distante y mecánica de algo etiquetado como placer, pero que apenas aprecia como una percepción real.

Verás, si estuviera alerta podría recordar otra ducha donde se frotaba y frotaba hasta que la sangre y las lágrimas corrían con el agua a través del desagüe, pero no importaba cuanto se frotase, no podía limpiarse la mugre de su alma, no podía eliminar la mugre negra del asqueroso ángel de su cabeza, de su corazón, de su coño y de todos los lugares donde entró, examinándola con sus dedos y sus palabras y su polla, y al final ella solo estaba sentada allí, en la esquina de la ducha, abrazada a sí misma y sangrando por las heridas hechas por el ángel y las autoinflingidas. Podría recordar eso, como comprenderás, si estuviera alerta.

Así que Phreedom se lava como un robot, con una eficiencia militar.

Se echa un último vistazo en el espejo antes de abandonar la habitación del hotel, retocándose el maquillaje y el pelo, todavía algo húmedo, asegurándose de que la gargantilla está ajustada alrededor del cuello y que el collar de huesos de pollo cae correctamente, por encima de su camiseta. Se sube la cremallera de la chupa de cuero y comprueba su reloj para ver todas las manecillas moviéndose independientemente, la de las horas girando más deprisa que la de los minutos, y ambas girando en sentido antihorario incluso mientras el segundero corre hacia delante. Tiene los auriculares todavía puestos, pero permanecen en silencio, esperando a decidir qué música es apropiada para su estado de ánimo.

Con un irónico golpe de humor, pulsa los botones del dispositivo multimedia, tocando y buscando por aquí y por allá hasta que el visor de sus lentes despliega ante sus ojos lo que estaba buscando.

Hotel California.

Nunca fue una gran fan de los Eagles, pero según posa su mano en la puerta de su habitación del Comfort Inn, y la abre, y mira el insulso pasillo, encuentra que le resulta muy apropiado como expresión de cierto humor negro. Thomas. Jipi asqueroso, maldito Thomas; él siempre había amado esa canción.

Tenía que haber sido su cumpleaños hoy.

La puerta se cierra tras ella.

Clic.